P. Silvino Pulpón, Escolapio

ROBO A TIEMPO

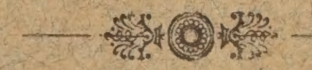
DRAMA LÍRICO

en tres actos y en verso, original

MUSICA DEL MAESTRO

DON ANTONIO TRUEBA

(Con permiso de los Superiores)



MADRID

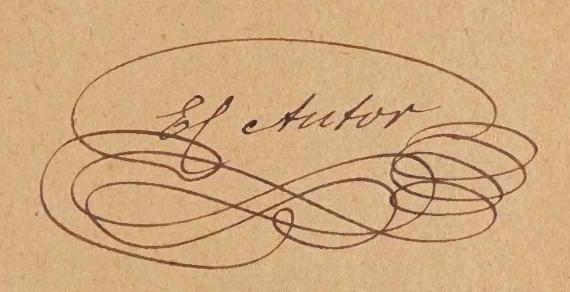
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1907

A la Revista católica La Lectura Dominical

...critor



ROBO A TIEMPO

ROBO A TIEMPO

DRAMA LÍRICO

en tres actos y en verso

ORIGINAL DEL

P. Silvino Pulpón, Escolapio

música del maestro

DON ANTONIO TRUEBA

(Con permiso de los Superiores)



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1907

Dedicatoria

A vosotros, queridos compañeros, que me obligásteis á poner manos á una obra para la cual no me creía con aptitudes; y á vosotros también, amados Colegiales, que con vuestro trabajo contribuísteis á dar á mi producción un éxito, que desde luego no merece, os la dedica agradecido

El Autor.

Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid.—9 de Enero de 1907.



Al Padre Escolapio Silvino Pulpón

¡Ingrata es la tarea de escribir para el público que, ansioso de emociones fuertes y ávido de deleites momentáneos (apenas nacidos cuando ya olvivados) no quiere ó no sabe desentrañar el fondo de las obras y solo atiende á la forma pueril é insustancial, que para darle gusto tenemos que emplear, como *modus vivendi*, los que del público vivimos y al público nos consagramos!

El galope de los tiempos modernos: el teléfono con su indiscutible utilidad; el telégrafo con su espantoso y frío laconismo; el automóvil con sus vertiginosas velocidades; adelantos del saber humano, progresos de la civilización, no han servido para que el hombre viva mejor, sino para que viva más aprisa; y tan aprisa vive que no quiere pararse en su rápida carrera á meditar si ese progreso, si ese adelanto de las vidas es el retraso y el retroceso de las almas.

¡Teatro! ¡Comedia! Esa es la vida. ¡Comedia humana! ¡Teatro eterno! ¡Ráfagas de viento fuerte!

¡Tempestades deshechas, que arrasan donde descargan! ¡Ciclones, trombas... aturdimiento!

Una brisa templada y benéfica; una temperatura primaveral; un rocío tibio... toda la dulzura de la vida pasa hoy desapercibida para el mundo. Es insustancial, anodina, cursi.

Es hoy el hombre el paladar gastado, el estómago atrofiado por excesos del mal vivir, que sólo encuentra deleite con los manjares excitantes, fuertes, irresistibles... casi venenosos.

¡Cómo ha de pararse á encontrar bellezas donde no hay más que ternura y placidez!

¡Pobre teatro!

Escribir hoy día comedias como ROBO Á TIEMPO equivaldría á desafiar al hambre y encontrar, en vez de aplausos, amargas burlas de la masa pública.

Y, sin embargo, los que hemos tenido que falsear nuestras creencias literarias para cambiarlas *por garbanzos*, en el mercado de la vida; los que nos deleitamos, sin sonrojarnos, en el estudio y la lectura de las obras sanas, de las comedias honradas, encontraremos siempre en ellas el postre más dulce y más sabroso del festín de esta bacanal, que nos arrastra por imperio de la lucha por la existencia...

Sí, Padre Silvino; he estudiado, más que leído, su comedia. Con su lectura he gozado y me he sentido de nuevo dentro de esa escuela en que aprendí á leer y cuyo recuerdo no han conseguido borrar de mi ser, ni los revueltos torbellinos del teatro, ni los azarosos senderos de las creencias modernistas.

¿Sería hoy aplaudido en un teatro de pago el estudio de usted? Seguramente no, y ese es, para mí, su mayor mérito.

Un sacerdote, una gloria nacional: Fray Félix Lope de Vega Carpio, lo dijo, adelantándose tres siglos á su tiempo.

> «El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo
> hablarle en necio para darle gusto».

Las obras que se escribían para el público tenían que ser necias en el siglo XVII; en el siglo XX han de ser, por lo menos, aperitivo de malas pasiones, incentivo de vulgares cerebros.

Pero si ROBO Á TIEMPO no lograría el aplauso de ese público de que nos hablaba el maestro Lope; debe, necesita, exige, ser impresa inmediatamente, para que los paladares de gusto exquisito la saboreen á su placer, con gran provecho de la cultura patria.

¡Sentimientos de nobleza, abnegación sin tasa, extravío de cerebros jóvenes con arrepentimiento sincero, más hermoso cuanto mayor es el pecado!... Todo eso encierra la comedia de un Escolapio, que, por serlo, lleva el sello de la laboriosidad, del estudio y de la cultura. ¿Y quién está libre de vacilar una vez, en esta vida de errores y desdichas?

¡Jesús lo dijo! ¡Qué hermosa frase!

«Que el impecable tire la primera piedra...» Y yo, no sólo no soy impecable en literatura... sino que algunas de mis obras son la antítesis de la de usted: parecemos dos antípodas en el arte; pero es que yo tengo (necesito tenerlas para vivir) dos naturalezas: una la mía propia, la que está arraigada en el rincón más recóndito del fondo de mi alma: la de ROBO Á TIEMPO. Otra la que me ha dado nombre y crédito en el mercado teatral, la de los garbanzos, la de la

ignominia: la del chiste de gusto dudoso, la de la situación equívoca... la del aplauso general del público de *Lope*.

¡Cómo le envidio á usted! Si yo fuera rico; si cada cuartilla que sale de mi despacho para un escenario, no tuviera que esperar á cambio, un billete de mil pesetas... yo escribiría obras tan sanas, tan honradas como la suya. ¡Así las siento dentro dé mí!

¡Usted que puede hacerlo, no desmaye! ¡Adelante! ¡Una obra no basta, aunque encauza! ¡Otra y otra y... muchas... y á imprimirlas y á repartirlas!...

¡Difícil es modificar los gustos modernos... pero dichosos ustedes, los que pueden intentarlo!...

¡Más vale el bien que se hace por oportuno, que por ser el bien mismo! ¡Adelante, Padre, adelante!...

Suyo respetuoso admirador,

Luis de Larra

PERSONAJES

MANUEL, hijo de (16 años).
DON RAIMUNDO (45 íd.)

ROBERTO ANSELMO FELIPE ANGEL MARTÍN CARLOS PEPE PABLO	Todos poco más ó menos de la edad de Manuel.

PLÁCIDO, mayordomo (55 años).
ROQUE, criado antiguo (70 íd.)
NICETO, refitolero.
ANDRÉS, lacayo.
NICANOR, cochero.
GABRIEL, mozo.
COCINERO.
LUCAS, portero.
JUAN DEL VALLE, y su

ESTUDIANTINA	El número de estudiantes dependerá de la capacidad del escenario.

JESÚS PASCUAL.
CABO DE SERENOS.
SERENO 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
IDEM 4.º
CIEGUECITO 1.º
IDEM 2.º



ACTO PRIMERO

Comedor amueblado con gusto; puerta á la derecha y á la izquierda; balcón al fondo; aparador y trinchero á los lados del balcón con lo necesario para una comida de invitación; teléfono á la derecha. Timbre á la izquierda. Derecha é izquierda la del público.

ESCENA PRIMERA

PLÁCIDO, solo

Música

La tristeza y alegría
hoy unidas á porfía
me enloquecen;
una copa de dulzura
otra cáliz de amargura
hoy me ofrecen;
ese niño cariñoso
hoy tan bueno y tan hermoso
cual la gloria,
podrá perder su fortuna
y ajar de su noble cuna
la memoria.
¡Dejar de esos buenos Padres,
más cariñosos que madres,
el cuidado,
y de jóvenes sin ciencia,

sin religión ni conciencia
acompañado!
Tal vez... mas en este día
no haya dolor, sí alegría.
¡Voto á Blas!
Hoy la gente de librea
tendrá licor que recrea.
El corazón...
fuera la pena,
fuera el pesar;
pues lo futuro
ello vendrá;
hoy lo que importa
es celebrar
la buena nota.
¡Voto á Gil Blas!

Hablado

¡Voto á Blas! hoy se examina.
¡Buena fiesta se prepara!
pues su papá no repara
ni en diversión ni en cocina.
Y siguiendo de otros años
la bienhechora rutina,
un durillo de propina...
rostro alegre y no hay regaños.
Y este año tiene que hacer
mucho más que otros veranos;
pues gana á fuerza de manos
¡¡¡el grado de bachiller!!!...
¡Voto á Gil Blas! ¡solo siento
que entre en la Universidad,
donde toda la bondad
del corazón y el talento
que adquirió en la Escuela Pía,
la perderá en un momento,
si escucha el razonamiento
de una mala compañía!...
¡Oh, qué siniestro futuro
se abre para su inocencia!
¡Quiera Dios en su clemencia,
del mar sacarlo seguro!...
mas... dejemos el futuro..

¿quién en este día llora?... (Suena el teléfono.)
suena el teléfono; es hora...
del colegio... de seguro.
(Se acerca al aparato; se aplica el auditivo y sigue fingiendo que le contestan.)
¿Con quién hablo?... ¿Hace el favor?...
(Aparte.)
¡¡Es Manolo!! (Hablando por el aparato.)
¿Qué querías? (Escucha y sigue.)
¡¡Enhorabuena!!... El señor
salió como al mediodía
y aún no ha vuelto... mas me dijo
que si avisaba su hijo
fueran al punto por él. (Escucha.)
Sí, señorito, al momento;
hasta luego. (Cuelga el auditivo.)
¡¡Qué contento!!
(A voces.)
Oye, escúchame, Gabriel.
Será manía tal vez
pero abrigo mis temores,
de que Manuel siendo hoy bueno
ha de ser de los peores.

ESCENA II

PLÁCIDO y GABRIEL por la derecha

GAB. ¿Qué quieres tan á deshora?
Estaba limpiando el coche,
que necesita esta noche
el señor.
PLÁC. Vé sin demora,
al momento, corre, vuela,
por Manolito, que anhela
á su papá dar un beso.
GAB. Voy corriendo, pero... ¡maño!
temo que luego por eso
del señor venga un regaño...
PLÁC. ¡Voto á Gil Blas! ¡Te lo juro!
Eso no temas, Gabriel.
GAB. ¡Válgame Cristo! ¡Qué apuro!...
Ahora mismo voy por él. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

PLÁCIDO, solo

Media hora me parece
un siglo. Pero... ¿qué lastre
(Reparando.)
llevo yo en estos bolsillos?
¡Parecen cajón de sastre!
Nada. Minutas pagadas,
papeles viejos, tarjetas,
mil señas, que ya no sirven,
y ya gastadas recetas.
¿Dos pañuelos?... sobra uno,
y los guantes de etiqueta;
las gafas y las cerillas,
la petaca bien repleta,
dos botones del chaleco,
el reloj y la cartera.
Nada, nada, que esto es
de un viajante la maleta.
¿Más aún?... ¡Voto á Gil Blas!
¡Ni del Rastro las Américas!
¿Más tarjetas?... ¿Qué serán?...
(Las mira con atención y simula encontrar una en que están apuntadas las órdenes del amo.)
¡¡¡Santo Dios!!!... ¡¡Buena me espera!!
¡Ya no hay tiempo que perder!
(Toca precipitadamente el timbre que no suena.)
¡¡Voto á Blas!! ¡¡Esta es más negra!!
(Desesperado.)
Cuando yo lo necesito.
¡Maldito botón!... no suena.
Daremos voces.. Escucha,
(Gritando por las dos puertas.)
Lucas... oye... dí que vengan
al comedor donde espero
á la servidumbre entera;
y que no falte ninguno,
que á todos les interesa.

ESCENA IV

PLÁCIDO y ROQUE por la izquidrda

ROQ. ¿A qué vienen esos gritos?
PLÁC. (Aparte á Roque.)
Ya está aquí el viejo maldito.
¡Voto á Blas! que me extrañaba
lo mucho que me pesaba
ese rastro, que hace un mes
en los bolsillos llevaba.
ROQ. Y... ¿nada más que eso es?...
(Con intención.)
PLÁC. Es... que estaba la tarjeta,
que ayer con mucho interés,
de parte del amo, Andrés
me entregó, donde está escrito
el menú tan exquisito
como abundante, que quiere
don Raimundo preparar
para honrar al señorito
si del examen saliere
airoso.
ROQ. ¡¡Ah!! (Con ironía.)
PLÁC. Y... ¡¡voto á Blas!!
Si no tengo la ocurrencia
de registrarme al momento,
se queda sin cumplimiento
del señor la providencia.
ROQ. ¡Jesús!... Amén; Padre nuestro...
PLÁC. Y con todo habrá pendencia
(Se siente ruido fuera como de gente que viene.)
con esos; pues es el caso
que con tiempo tan escaso
ninguno se va á atrever
á cumplir con su deber
para salir de este paso.
ROQ. ¡Ya lo creo que habrá gresca! (Con intención.)
PLÁC. A usted le toca callar.
ROQ. ¿Y á tí qué te toca?
PLÁC. Hablar.

ROQ. Con don Raimundo. (Amenazando.)
PLÁC. Eche yesca
al fuego... y se abrasará.
ROQ. Pues... ¿qué me harás si lo cuento?
PLÁC. Darle la cuenta al momento.
ROQ. ¡Qué inocente! ¡Ja, ja, ja!
(Con mucho desprecio.)
Si yo fuera despedido
se moría el señorito.
PLÁC. ¡Este hombre me tiene frito!
ROQ. Y tú me tienes cocidó
á desazones.
PLÁC. ¡¡Estulto!!
ROQ. ¡Miá el fantoche!... Ya el insulto
lo pagarás...
PLÁC. Entendido.

ESCENA V

DICHOS y CRIADOS

Mientras cantan, Roque anda examinándolo todo, colocando las sillas de distinta manera, etc., etc., indicando que nada está á su gusto

Música

COC. ¿Qué te ocurre?
REF. ¿Qué pasa?
MOZO ¿A qué tanto jaleo?
LAC. Plácido, ¿qué te ocurre?
COCH. Dí pronto tu deseo.
TODOS A tus órdenes todos
aquí nos tienes,
á cumplir sin demora
lo que tú órdenes.
PLÁC. Yo nada os ordeno
pues soy un quidam.
(Al cantar esto se vuelve Roque al público haciendo gestos de afirmación.)
Ahí tenéis las tarjetas (Las entrega.)
que os convidan

á daros esta noche,
tras un mal rato,
de manjares y copas
opimo trato.

(Roque se acerca á los criados indicando que no accedan. Plácido se irrita.)

CRIADOS
Es imposible,
no puede ser;
tú no has cumplido
con tu deber.

(Mientras se niegan los criados, Roque manifiesta alegría y satisfacción.)

Tuya la falta,
tuyo el baldón.
Allá te arregles
con el señor.

PLÁC.
¡Voto á Gil Blas! ¡qué apuro!

TODOS
¿Qué te pasa?

PLÁC.
Que hoy salgo de seguro
de esta casa.

(Roque se baña en agua de rosas y afirma.)

TODOS
Es imposible,
no puede ser;
tú no has cumplido
con tu deber.

PLÁC.
Es cierto... mas clemencia
yo os pido,
no ha sido una imprudencia,
fué un olvido.

TODOS
Tuya la falta,
tuyo el baldón;
allá te arregles
con el señor.

PLÁC.
Trabajen ahora
todos los sirvientes,
después el trabajo
será de los dientes.
Pues los servidores
hoy todos cenamos
los mismos manjares
que tienen los amos.

(Roque se disgusta.)

TODOS
Si es así, todo se hará
en poco más de dos horas.

PLÁC. Pronto, pronto, sin demora,
viene el amo y nos verá.
(Salen todos menos Roque. Contrariado dice:)
ROQ. Como no esté á mi gusto la comida
al amo se lo digo de seguida.

ESCENA VI

ROQUE y DON RAIMUNDO por la derecha

Entra don Raimundo sin darse cuenta de que está Roque. Este arregla la habitación

Hablado

D. RAI. ¡Gracias al Cielo! la plegaria muda
que en el seno recé de mi conciencia
hasta el trono llegó de su clemencia;
Oyóla Dios y su bondad me escuda.
¡Gracias al Cielo, que escuchó mis voces
y me acaricia en mis postreros años,
cuando víctima ya de desengaños
no me acaricia el mundo con sus goces.
Sus placeres, inmundos, viles, bajos,
yo desdeño á la par que su cariño;
sólo colma mi afán de un tierno niño
el amor, la virtud y los trabajos.
ROQ. ¿Delira usted, señor?
D. RAI. (Sorprendido.) Juzguéme solo
y me dejé llevar de mi contento.
ROQ. Si estorbo...
D. RAI. Nada de eso.
ROQ. Oiga un momento
y perdone, señor; ¿y de Manolo?
D. RAI. Su examen observé, ¡¡oh, feliz hora!!
esquivando á sus ojos mi presencia.
(Con convicción.)
Vertió sin turbación toda la ciencia,
que su cerebro débil atesora.
ROQ. ¡Gracias, Señor! Amén... Salve Regina..
D. RAI. Nunca lo quise más...
ROQ. Ni yo tampoco.

D. Rai. Estoy muy satisfecho.
Roq. Yo estoy loco.
¡Si eso fuera verdad!...
D. Rai. ¿Dudas?
Roq. Aína...
D. Rai. Tal vez mis pensamientos son ficticios...
(Dudando.)
tal vez mi corazón ciegue mi mente...
Pero no, (Convencido.)
yo escuché *sobresaliente*
ese niño en entrambos ejercicios.
Roq. ¿Sobresaliente? (Con gran alegría.)
D. Rai. Sí.
Roq. ¡Virgen bendita!
Amén. Voy á llorar. ¡Ay, si viviera!...
D. Rai. Dios la tenga... (Con marcado sentimiento.)
Roq. En su gloria. ¡Y si lo viera
hecho ya bachiller la señorita! (Llorando.)
D. Rai. ¡Cuánto hubiera gozado mi Dolores
estática al sellar en su embeleso
la hermosa frente con materno beso
viendo ya coronados sus sudores!
Roq. ¡Pues no le digo na, su hermana Emilia!
D. Rai. ¡Cuánto hubiera gozado mi cariño
el triunfo de la lid del tierno niño
celebrando en coloquios de familia!
Pero, ¡oh, Dios! en mis goces y en mis duelos
yo besaré tu mano bienhechora,
ya al repartir los dones que atesora
me dé congojas ó me dé consuelos.
Roq. ¡Oh, de la fe sagrado privilegio (Enternecido.)
que la mano de Dios mira doquiera!
D. Rai. Mas... calla... siento ruido en la escalera.
Roq. ¿Será Manuel que viene del colegio?
(Se asoma precipitadamente por la derecha.)
El es... viene risueño.... (A don Raimundo.)
(Roque sale corriendo.)
D. Rai. Su contento
de un éxito feliz es señal cierta. (Gozándose.)
¡Qué abrazo!... pero no; sin que él lo advierta
á observarlo me voy á ese aposento.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VII

MANUEL, GABRIEL y ROQUE por la derecha

ROQ. (Abrazándolo.)
Vaya, vaya, con Manolo;
siéntate... ¡Salve Regina!
Me voy á ver la cocina...
Gabriel, no lo dejes solo.
(Entre tanto muy solícito recoge la gorra, le quita los guantes, le acerca una silla y se muestra como ente necesario y sale corriendo.)

ESCENA VIII

MANUEL y GABRIEL

MAN. Oye; ¿Plácido no dijo
que me esperaba papá?
GAB. Eso dijo, señorito,
si no ai entendío mal.
MAN. (Mirando en torno.)
Pues, ¿dónde está?
GAB. No lo sé,
sólo sé que aquí no está;
y esto lo sé porque tengo
los ojos sin remiendar.
MAN. ¿Qué? ¿Se remiendan los ojos?
GAB. Señorito... con cristal
se lo han compuesto estos días
al señor del prencipal...
¡Y siempre lo tiene abierto!
¡Y no lo puede cierrar!
MAN. ¡Ya! Si cerrarlo no puede
siempre abierto lo tendrá. (Con guasa.)
GAB. ¡Y me da miedo miralo!
MAN. ¿Miedo? ¿Y por qué?
GAB. ¡¡Qué cañaa!!...
Porque me mira en toas partes
sin siquiá pestañear.

MAN. ¿Y si con ese sentido
no te viera?

GAB. ¡¡Y es verdá!!
(Aparte.)
¡Qué listo que es este chico!...
¡Cómo piensa sin piensar!
(A Manuel.)
Y pa mí tengo que es solfa
los remiendos de cristal.
Pero tien una ventaja
que no se le pué quitar,
y es que con el ojo ese
no duerme nunca, jamás.
¡Ojalá los dos tuviera
remiendaos!...

MAN. Animal,
¿para qué á señor tan bueno
le deseas tanto mal?

GAB. Señorito... no deseo
mal á naide... ¡pero miá!
Así sueño no tendría,
y así, no durmiendo, más
viviría, que en mi tierra
dicen con verdá sobraa:
«Que el hombre que mucho duerme
vive solo la mitá».

MAN. (Impaciente.)
Déjate de tonterías
y busca pronto á papá,
donde quiera que se encuentre.

GAB. Señorito... descuidiad,
que como Grabiel me llamo
con él tengo de topar.
Señorito, diquiá luego.

MAN. Adiós, y no vuelvas más.

ESCENA IX

MANUEL solo

¡Oh, Dios, cuya Providencia
hoy haces brillar en mí,
yo te doy gracias á Tí,
yo bendigo tu clemencia!

Tus bienes viertes, Señor,
con mano buena y clemente
como derrama la fuente
sin interés su licor.
Cual la nube bendición
vierte en el prado que crece,
y después se desvanece
excusando el galardón;
así tú, Señor, derramas,
pródigo, tus ricos dones,
y sólo á los corazones
en torno tu amor reclamas.
Yo te bendigo por eso,
¡Eterno Dios de clemencia!
Mi madre me dió esta herencia
al darme el último beso.
«Hijo mío, de tu madre
oye el último consejo,
y aun cuando llegues á viejo
siempre en Dios mira un buen padre;
si de Dios sientes favores,
pues en dones es prolijo,
que no enmudezcan, ¡oh, hijo!
en tus labios sus loores.
Si alguna vez, ¡Dios lo impida!
lo arrojas de tu conciencia,
acógete á su clemencia
con el alma arrepentida».
Esto dijo y expiró, (Enternecido.)
y ahora asoman á mis ojos
las lágrimas, y de hinojos
cumplo lo que me legó.

Música

Mi corazón te adora,
bondadoso Señor, que desde el Cielo
los bienes que atesoras
me otorgas hoy para saciar mi anhelo;
así, yo te bendigo,
cual mi madre querida,
que huyendo los peligros de la vida
se fué contigo.
Gracias, Dios mío;

Te alabarán mis labios noche y día;
si ingrato me desvío
tórname á tus caminos, sé mi guía.
Da paz á mi conciencia,
lágrimas á mis ojos,
luz á mi inteligencia,
y á mis labios cantares
para ensalzar tu sabia Providencia.
Yo te lo imploro,
y agradecido
en tu presencia lloro.

ESCENA X

MANUEL y DON RAIMUNDO por la izquierda

Hablado

D. RAI. (Con efusión.)
Dame un abrazo.
MAN. (Sorprendido.) ¡Oh, papá!
Con ansia ya te esperaba;
noticias tengo que darte
que á no dudarlo, son gratas.
D. RAI. Sobre el examen, ¿verdad?
MAN. Sí, y supongo que tus ansias
se calmarán cuando escuches
mi relato.
D. RAI. (Interrumpiéndole.)
No, en mi alma
ya no hay zozobras ni miedos;
pues me presenté en la sala
sin que lo supieras tú,
para que no te turbaras.
MAN. ¿Y presenciaste mi examen? (Con ansia.)
D. RAI. Lo presencié, y asomaban
las lágrimas á mis ojos;
en mi pecho la esperanza
renacía, y mi tristeza
con tu saber se alegraba.
Mi horizonte antes oscuro
de nueva luz se bañaba,
se aumentaba mi alegría,

olvidaba mis desgracias,
y un horizonte pintado
de ricas tintas de grana
á mis ojos sonreía,
si esclavo de la constancia,
de la virtud y el trabajo
siempre, Manuel, continuabas.

MAN. Continuaré, Dios me ayude,
que sin El no puedo nada.

D. RAI. Dices bien, que los esfuerzos
del hombre que en su arrogancia,
sólo en sus fuerzas confía,
son como cuerpo sin alma,
como colores sin luz,
como luces, que se apagan
al menor soplo del viento,
del placer ó la inconstancia;
como bajel sin piloto,
son como estériles plantas,
sin fruto.

MAN. (Interrumpiendo.)
Pero, papá,
óyeme si es que me amas.

D. RAI. No te amo, te idolatro.

MAN. Oye entonces mis palabras.

D. RAI. Atento estoy.

MAN. Pues quisiera
que con nosotros cenaran
hoy mis ocho compañeros,
que han obtenido igual gracia:
pues hoy sólo la alegría
debe reinar en la casa.
¿Me lo concedes?

D. RAI. Manolo,
no puedo negarte nada,
pues sé que no cabe en tí
pedir cosas insensatas.

MAN. De tí, papá de mi vida,
otra cosa no esperaba.

D. RAI. ¡Siendo tan bueno!... Mas quiero
á solas unas palabras
decirte, que otra ocasión
tal vez no encuentre.

MAN. Pues habla.

D. RAI. Ya sabes, Manolo mío,
que es forzoso que mi marcha
al extranjero realice
en la próxima semana.

MAN. ¿Tan pronto, papá? (Extrañándose.)

D. RAI. Sí, hijo,
son urgencias que no aguardan.

MAN. Y la vuelta será pronto,
¿supongo?

D. RAI. (Aparte.) (¡Vana esperanza!)
El pobre chico lo siente;
(A Manuel.)
¡Ay, Manolo de mi alma!
¿Qué será de tí en mi ausencia
y en una ausencia tan larga?

MAN. ¿Te ha turbado mi pregunta,
caro papá?

D. RAI. De eso nada;
pero temo una respuesta,
que para tí será amarga.

MAN. Pues dala pronto, papá,
y sepa de qué se trata;
que me atormenta la duda,
que negra anida en mi alma;
pues duda no esclarecida
es fatídico fantasma,
que asusta más que atormenta
de la noticia la llaga.
Sácame de esta congoja,
que mi corazón taladra,
que lágrimas da á mis ojos
y suspiros á mi alma.
¿Volderás pronto? (Con ansia.)

D. RAI. Pues mira;
No tan pronto cual pensaba;
ya sabes que voy allí
para llenar una plaza,
que ocupaba don Emilio,
(que Dios en su gloria haya.)
Yo le dije al principal,
con muy corteses palabras,
que buscase otro individuo
para llenar esa plaza,
que desempeñarla pueda

como yo; pues te encontrabas
en unos momentos tales
en que más necesitabas
los consejos de un buen padre,
que tu inocencia guiara
por un mar lleno de escollos,
y por senda do resbala
el corazón más hermoso,
la virtud más arraigada,
el talento más preclaro,
las creencias más cristianas.

MAN. Explícate, no te entiendo.

D. RAI. Manolo, me explicaré;
la vida universitaria
ofrece graves peligros
para el el cuerpo y para el alma.
Para el cuerpo; allí verás
jóvenes de todas castas,
que van pasando la vida
rodando de danza en danza,
y de taberna en taberna,
y de jarana en jarana;
pasan la noche en teatros,
pasan el día en la cama...
En fin, su vida sin orden
marchita su edad temprana,
deja sin jugos el cuerpo
y sin colores la cara.
Para el alma; allí verás
inteligencias bastardas
sin ideas del honor,
sin honor en las palabras,
sin palabras para el bien
y para el mal mucha parla;
sin creencias religiosas,
sin convicciones cristiana,
sin conciencia del deber,
en fin... ¡¡hechos una lastima!!

MAN. Pero, papá, ¿desconfías
de mí?

D. RAI. No; pero es tanta
la acción que en el alma ejercen
esos ejemplos, que espanta
ver cómo se tornan malos

jóvenes de ideas sanas.
Tú sabes que en el colegio
ha habido niños sin tasa,
que obtuvieron buenas notas
en los años que cursaban;
que eran de virtud modelos,
los padres los apreciaban,
que honraban á sus familias,
el colegio acreditaban;
y luego en la Facultad
pisotearon su fama,
deshonraron su familia,
y... ¡¡qué sé yo!!

MAN. Basta, basta;
pues tus palabras me hieren,
y tus conceptos me ultrajan;
pues tú piensas que tal vez
yo siga á esos camaradas.
Si Dios escucha mis ruegos
y su gracia no me falta,
seré siempre como ahora.

D. RAI. ¡Dios bondadoso lo haga!

MAN. Mas.. se me ocurre una idea.

D. RAI. Dila.

MAN. Valga lo que valga;
pudiera marchar contigo,
y así tus dudas se aclaran,
se desvanecen tus miedos,
tus inquietudes se calman.

D. RAI. Ya lo he pensado y resuelvo
que te quedes aquí en casa;
pues dos años perderías
en tu carrera, que es larga,
hasta aprender el idioma.
¿Entiendes?

MAN. Bueno; pues basta.
En fuer de quien soy, papá,
hoy te empeño mi palabra;
escucharé los consejos
que, á no dudarlo, en las cartas
me darás. (Se levantan.)

D. RAI. (Lo besa.) Dame ahora un beso,
y oiga el Cielo mi plegaria.

MAN. ¿Aviso á mis compañeros

(Señala el teléfono.)
que en el colegio me aguardan?

D. RAI. Mejor es que con Felipe
tú mismo á buscarlos vayas.

MAN. Papá, adiós.

D. RAI. Adiós, querido;
no tardéis, que el tiempo pasa.

ESCENA XI

DON RAIMUNDO, solo

Toca el timbre y paseándose dice con marcada inquietud

¿Qué siento en el pecho mío,
que me atormenta, me mata?
¿Qué es lo que á mí me maltrata?
¿Porqué hallo todo sombrío?
(Transición. Tranquilizándase.)
El es bueno, y yo confío
no olvidará mi advertencia;
también Plácido en mi ausencia
será su ángel tutelar;
no hay pues motivo al pesar;
estoy tranquilo.

ESCENA XII

DON RAIMUNDO y PLÁCIDO, por la izquierda

PLÁC. (Desde fuera.) ¿Hay licencia?

D. RAI. Adelante.

PLAC. ¿Qué me ordena?

D. RAI. ¿Supongo qus todo está
dispuesto para la cena?

PLÁC. (Aparte.)
¡Voto á Blas! No sé...
(Resuelto.) Sí, está.

D. RAI. Tampoco estará demás
recordarte que tú solo...
(Como aludiendo á órdenes anteriores sobre la marcha.)

PLÁC. Seré el ángel de Manolo,
no lo dude ¡Voto á Blas!

D. RAI. Bueno; pues en mi despacho
estoy. Prepara el servicio
y me pasas un aviso
cuando vengan los muchachos.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA XIII

PLÁCIDO, ROQUE y NICETO, derecha

ROQ. Si no es por mí...
(Dándose importancia.)

PLÁC. ¡Ya lo creo!
(Aparte.)
¡Se me indigesta este viejo!

ROQ. Anda, quítame el pellejo...

PLÁC. Pues si es usted...

ROQ. Calla, feo.

NICETO Todo, Plácido, dispuesto.

PLÁC. ¡¡Gracias á Dios!! ¡¡Voto á Blas!!

NICETO Y después tal vez dirás
que nos hemos...

PLÁC. (Interrumpiéndole.) Por supuesto.

NICETO ¿Qué por supuesto, boceras?
(Amenazándole. Roque se ríe y azuza á Niceto para que le pegue.)
Te sacamos de un aprieto,
¿y aún dices?...

PLÁC. (Calmándole.) No, no, Niceto,
sí, trabajasteis de veras.
Y ahora, sin perder momento,
prepara ya el comedor.
Sabe que son diez asientos
con el niño y el señor.
(Va á salir y Roque le dice con satisfacción.)

ROQ. ¡Cómo te baja esta gente
los humos!...

PLÁC. (Con desprecio.) Quítese usted.

ROQ. ¡¡Dejen paso á su merced!! (Con guasa.)

PLÁC. ¡Viejo chocho!

ROQ. ¡Limpia dientes!
(Sale Plácido por la izquierda.)

ESCENA XIV

ROQUE y NICETO

ROQ. ¡Cuidao con el imprudente!
NICETO ¡Casi le doy un moquete!
ROQ. Andando... quita el tapete
que el tiempo es oro.
NICETO (Quita el tapete y lo dobla.) Corriente.
ROQ. A ver, pon ahora el mantel.
Anda listo... ahora las flores,
después las copas mejores,
y el vino.
NICETO (Aparte.) ¡¡Cuidao con él!!
ROQ. La servilleta en las copas;
y ahora los platos mejores,
cucharas y tenedores.
NICETO (Disgustado.)
Y ahora un cuerno...
ROQ. (Con mucha ironía.) ¡A que me topas!
NICETO (Sigue poniendo la mesa. Roque deshaciendo lo que hace Niceto. Este, con la mirada, denota disgusto. Entre tanto canta.)
Seguidillas corridas
van por tu calle,
como van tan corridas
no las ve naide.
No las ve naide,
ni yo tampoco,
pues estos señoritos
me vuelven loco.
(Muy disgustado por lo que hace Roque, dice:
Mira, Roque, estate quieto,
que si no va á haber jarana...
ROQ. ¡Se habrá visto tarambana!...
NICETO Mira, que no te respeto.
ROQ. Las copas así.
NICETO (Muy enfadado.) Que no...
ROQ. Los platos así.
NICETO (Más enfadado.) Tampoco.
¡Que te doy un soplamocos!

ROQ. ¿Quién manda aquí?

NICETO (Disgustadísimo.) Mando yo.

ROQ. Mando yo que soy más viejo.

NICETO Mando yo que soy más joven.

ROQ. Anda feo y que te adoben.
(Sigue mangoneando en la mesa.)

NICETO (Muy sulfurado y asiéndole por un brazo, lo echa fuera, diciendo.)
Las cosas así. Anda... lejos.
(Sigue arreglando el servicio y canta la jota.)
Tiene un lunar y una estrella
la Virgen de mi lugar,
tú eres virgen como ella
sin estrella y con lunar.
Tienes el lunar de que eres ingrata;
estrella no tienes, pues no tienes plata;
no te adornes tanto para ser más bella,
que lunar no quiero pero quiero estrella.
(Recitado.)
Todo está ya preparado,
salimos del compromiso:
ahora sólo falta el guiso
y que vengan... (Se oye ruido.)

MAN. (Desde dentro.) Al contado.

ESCENA XV

NICETO, ROQUE, MANUEL con sus ocho compañeros; poco después DON RAIMUNDO

MAN. (A Niceto.)
Anda, recoge las gorras
y llévalas al ropero.

ROQ. Tomad asiento. (Muy solícito.)

TODOS Mil gracias.

ROQ. No hay que darlas, rapazuelos.

ROB. ¡Vaya el abuelo si es fino!

D. RAI. Buenas tardes, caballeros.

TODOS Muy felices. (Levantándose.)

D. RAI. Bien; y qué,
¿supongo estaréis contentos?

MAN. Papá...

D. RAI. ¿Qué?

MAN. Si todo está
para la cena dispuesto,
podemos irnos sentando
y ya cenando hablaremos.

ROQ. (Con jactancia.)
Ya lo creo que lo está.
¡Gracias á mí!

NICETO (Aparte y con desprecio.)
¡Qué esperpento!

ROQ. (Idem.)
¡Se habrá visto el chupatintas!

NICETO (Idem.)
¿Y tú qué chupas?

ROQ. (Idem.) . Yo un cuerno.

D. RAI. Pues á sentarse, queridos;
cada cual elija puesto.

ROB. Para usted la cabecera;
presidirá usted el duelo
del primer bicho que venga;
pues vamos á hacer su entierro. (Risas.)

ANGEL Sí que ésto (Señala el estómago.)
está vacío
como un sepulcro sin muerto.

D. RAI. ¿De modo que hay apetito?

TODOS ¡Figúrese!

D. RAI. Bueno, bueno,
apetito y buen humor;
así me gusta... os advierto
que estáis como en vuestra casa.

TODOS Muchas gracias...

D. RAI. Tú, Roberto,
no te quedes corto; come
sin vergüenza. (Risas.)

ROB. Le agradezco
la indirecta.

D. RAI. Fué una broma.

ROB. Sí, señor; ya lo comprendo.

ANS. ¿Indirecta? no; eso es
una verdad como un templo.

ROB. ¿Qué? ¿me llamas sinvergüenza
porque digo lo que siento?

ANS. ¿Tú sentir? ¡como no sientas!

ROB. Pues siento el hambre que tengo.
(Saboreando.)
Y á propósito, Manolo,
tienes un gran cocinero.
MAR. Hombre, lo tienen los pies.
ROB. Cuando está de pie, concedo;
cuando sentado ó en cama
entonces, amigo... *nego.*
MAR. Pues entonces, ¿quién lo tiene?
ROB. Las patas. (Risas.)
CAR. ¡Muy bien! ¡soberbio!
D. RAI. Vaya un trago que celebre
ese rasgo de tu ingenio.
¡A tu salud! (Bebe.)
ROB. ¡A la vuestra!
(Bebe y saborea el vino.)
¡Caramba! ¡que este es añejo!
El antípoda del que
nos daban en el colegio.
MAN. Hombre, pues no era mal vino.
ROB. No era malo, pero nuevo.
PEPE Nuevo debe ser también
este sabroso conejo.
ROB ¿Sí? ¿porque sabe á tomillo? (Risas.)
PEPE Porque tiene pocos sesos.
ROB. ¿Qué? ¿sesos andas buscando?
Debes estar falto de ellos.
PEPE No, ciértamente; buscaba
una cosa, que no encuentro.
ROB. ¿Qué buscabas?
PEPE Pues .. la lengua
para dársela á Roberto. (Risas.)
CAR. ¡Sí, que es mudo el pobrecillo!
ROB. Mudo, no; pero convengo
en que alguna vez me turbo.
Y escucha; sin ir más lejos
esta mañana en examen...
FEL. (Interrumpiéndole.)
No lo recuerdes, te ruego.
ROB. ¿Por qué, tonto? ¡Vete allá!
(Despreocupado)
Por eso no me avergüenzo.
PAB. Y es verdad; ¡qué disparates
nos has dicho en poco tiempo!

Dijiste que el ecuador
era un satélite. (Risas)

ROB. Cierto.

PEPE Pues en Historia dijiste:
«Que Alfonso VIII era griego. (Risas.)
Numa Pompilio, francés. (Más risas.)
Y que Nerón era sueco.» (Risas estrepitosas.)

ANS. Pero el golpe más gracioso,
¿sabéis cuál fué?

MAN. No recuerdo.

ANS. (A Roberto.)
Te acuerdas, te preguntaron,
¿cómo acabó Troya?

ROB. Cierto.

ANS. Y tú, sin titubear,
les contestaste muy serio:
«Después de haber recibido
los últimos Sacramentos.»

TODOS ¡Ja, ja, ja! (Grandes risas.)

D. RAI. (Asombrado.) ¡Qué disparate!
Pues entonces, según veo,
eres bachiller de gracia·

ROB. Quiá, no, señor; ¡de dinero!
Pero tengo buen humor
lo que es de pena no muero.
(Durante la escena Roque sale y entra muy solícito, riñendo á veces á Niceto.)

ESCENA XVI

DICHOS y GABRIEL por la derecha, riendo á carcajadas.
Todos hacen ademán de extrañeza

GAB. ¡Ja, ja, ja!... ¡Maño, y qué chasco!

D. RAI. ¿Pero tú has perdido el seso?

ROB. Por eso no hay que apurarse;
(Gabriel sigue riendo.)
ahí están los del conejo,
que Pepe andaba buscando.

MAN. ¿Pero qué pasa? mostrenco.
¿A qué vienen esas risas?
Habla pronto ó vete lejos.

GAB. Pus miá tú; que he sío el payaso
de una comedia. (¡Ja, ja, ja!)
ROB. ¡Soberbio!
GAB. Como yo te quiero tanto,
y si me lo mandas ruedo,
salí á buscar á papá
aunque fuera á los infiernos. (Risas.)
ROB. (A don Raimundo.)
Dele usted las gracias.
MAN. Sigue.
GAB. Salí á la calle corriendo,
y de güenas á primeras
me topé con un cochero.
ROB. ¿Qué cornada fué mayor?
GAB. Es un icir.
ROB. ¡Ah, ya!
GAB. Güeno;
pus que fuí y le pregunté:
«¿Ha visto usté, compañero,
al papá del señorito
castudiao en el colegio?» (Risas.)
«Amigo, sí que lo he visto,
—me dijo—y está mu lejos.
Si quieres subir al coche,
lo encontramos al momento.»
«¡Recontra! ¡vaya qué suerte!»
me dije pa mis adrentos.
Me metí, cerré el balcón (Risas.)
y dije, «vamos corriendo».
Al cabo pasó una plaza
con una estauta de yeso
y me paró en una puerta
de un callejón mu estrecho.
«Aquí debe estar», me dijo.
Bajo y le digo al portero:
«¿Está aquí mi señor amo?»
—«¿Cómo se llama?—«Don cuernos.
(Con enfado.—Risas.)
¿A usted qué le importa el nombre?
Diga sí ú no.»—«Majadero»,
dijo, y agarró una tranca,
¡y pies para qué os quiero!...
(Todo interrumpido con risas.)
Salí corriendo á la calle,

trompecé con un chicuelo,
que se dió una costaláa
que se quedó medio muerto.
Trompecé con un farol
(y esto dirá si no es cierto;
(Señala la frente que llevará herida.)
al regolver una esquina
trompecé con un vidriero
y le rompí los cristales;
y á tóo esto el cochero
corriendo detrás de mí
gritando: «¡Guardias, cogelo!»
Por fin, un munecipal
de unos bigotes mu tiesos
logró dar con mi presona
y m'asió por el piscuezo.

D. RAI. Pero... ¿qué hiciste de malo?

MAN. ¿Reñiste con el cochero?

GAB. ¡Quiá! no, señor... ¡Qué cañaaa!
Que me pidía dinero.

D. RAI. Pero, ¿no pagaste el coche?

GAB. No, señor; porque en mí pueblo,
si uno le dice á un amigo,
«Súbite, que yo tè llevo»,
lo hace de balde y lo lleva
aunque sea á Francia.

ROB. ¡Ah, mostrenco!

GAB. Luego me querían llevar
al Juzgao.

ANS. Y de ese aprieto,
¿cómo saliste?

GAB. ¡Qué gracia!
Pus pa no encontrame preso
hay pagao cinco riales,
otros cinco del vidriero;
es icir que m'han sacao
medio duro.

ROB. (Señalándole la frente.)
Y el pellejo.

MAN. Y qué más te ha sucedido?

GAB. Pus luego entré en un comercio
y pregunté por papá,
y dijeron: «Ahora mesmo
saido á esa casa de enfrente.»

Voy allá y era un convento
de monjas.

ROQ. ¡Jesús! ¡Amén!

GAB. Y entre tanto los tenderos
se estaban riendo de mí.
Se enfadó el demandaero
y me quería pegar.
Al salir d'allí me encuentro
á un señor en toíco igual
á su papá; voy... m'acerco
y le digo mu bajito:
«Venga usté, señor, corriendo,
que le espera el señorito
ca venío del colegio.»
Me miró con malos ojos
y dijo: «Quita, esprepento.»
—«No, señor, que su Manolo
m'ha dicho que vaya presto.»
Dijo entonces: «Pus espera,
que voy sin perder momento.»
Y llamó á un munecipal
y le dijo: «Soy soltero
y este buen hombre se empeña
en que mi hijo está inquieto
hasta que vaya á mi casa;
es icir, que no está cuerdo.»
¡Qué cañaa! y el aguacil
quería llevame preso.
Ya por fin lo he convencío
y me venía corriendo.

ROB. Pero, Manuel, ¿de qué nido
se ha caído este jumento?

MAN. Aún no hace tres semanas
que lo trajimos del pueblo
y no sabe de Madrid
más que desde aquí al colegio.

ROB. ¡Pues me gusta la ocurrencia!
¿Y tú lo mandas muy serio
á buscar á tu papá?

MAN. ¡Qué precoz eres, Roberto!
Le mandé buscarlo en casa.

GAB. No lo hallé, y como en el pueblo
se conoce á tóo el mundo,
me llevao ese chasco.

D. RAI. Bueno;
trae un vaso y pasó el susto.

GAB. Muchas gracias. (Bebe.) Ya resuello.

ROQ. (Con envidia.)
Yo también resollaría
con ese contraveneno.

ROB. Pues yo ya no quiero más.

UNOS ¡¡Gracias á Dios!!

ANS. ¡Ya era tiempo!
(Los demás han concluído antes.)

ROB. ¿Ahora me toca brindar?

D. RAI. Será mejor que brindemos
todos juntos.

ROB. Pues al canto;
ahora está bueno el garguero.
(Esta última escena no tiene más objeto que dar más tiempo á la comida. Si la anterior fuera suficiente puede suprimirse.)

Música

TODOS (Con la copa en la mano y de pie. Mucha animación.)
En esta copa
de buen licor,
de nuestras penas
se ahoga el dolor.
Con este prisma
se ve al revés;
lo amargo dulce,
¡viva Jerez!
Gracias mil, gracias mil,
dicen de este vinillo los vapores.
Gracias mil, gracias mil,
repite el corazón, por sus favores.
No olvidaremos
la espléndida hidalguía;
Mos honraremos
de tal padre y tal hijo
con la amistad y eterna simpatía.

D. RAI / MAN. ¡Gracias! ¡gracias! Quiera el Cielo
sellar nuestra amistad en este día;
sea mensaje de paz y de consuelo
el triunfo que hoy nos da tanta alegría.

TODOS A beber, compañeros,
las copas á apurar;
el triunfo codiciado
conviene celebrar.
¡Viva el trabajo!
¡Viva el sudor!
¡Viva el estudio!
¡Viva el licor! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración dei acto anterior

ESCENA PRIMERA

PLÁCIDO, sólo

Pues, señor, me va inquietando
la conducta de Manolo...
Nunca se le ve ya solo...
Va en el estudio aflojando,
su amor se va resfriando
pues no escribe á su papá;
¡voto á Gil Blas! ¿si será
que la tentación le asedia?
Pues si Dios no lo remedia,
¡pobre chico! cederá.

ESCENA II

PLACIDO y ROQUE por la izquierda

ROQ. ¡Vaya una vida!... (Insultante.)
PLÁC. (Sorprendido.) ¿A quién habla?
ROQ. ¡Bien se echa de ver la ausencia
del señor amo!...
PLÁC. ¡Por Dios!
Déjeme de impertinencias.

ROQ. Impertinencias, ¿eh?... ¡Bueno
¡Lo que es si el amo lo viera!
PLÁC. Pero... qué iba á ver, imbécil?
ROQ. Lo que haces tú, sacamuelas.
PLÁC. Calle... que no tengo gana...
ROQ. ¿Estás haciendo un problema?
PLÁC. Hombre, sí; si algún consejo
en esta ocasión pudieras...
darme?
ROQ. ¿Para qué? si luego...
PLÁC. ¿Qué luego?
ROQ. Que los desprecias.
PLÁC. Mira, Roque, no haré tal,
pues ahora es cosa seria.
ROQ. Pues te diré lo que dicte
de mis años la experiencia.
PLÁC. Vamos á hablar de Manolo.
ROQ. Lo imaginé... (Con guasa.)
PLÁC. Satisfecho.) Su sospecha,
me hace ver que usted también
piensa como yo.
ROQ. (Contrariado.) ¡Quimera!
Tú juzgas muy mal de él,
y yo no.
PLÁC. Vamos á cuentas.
ROQ. ¡¡Quiera Dios salgan cabales!!
PLÁC. Nada; Manuel se malea;
es receloso conmigo,
mis cuidados le molestan,
se va entibiando su amor,
pues de papá no se acuerda;
el estudio le empalaga,
falta á clase con frecuencia,
le gustan las diversiones
y no le gusta la iglesia.
ROQ. (Enfadado.)
Impostor, eso no es cierto.
PLÁC. Calma; sé por referencias
que faltó el domingo á misa.
ROQ. ¡Lo que son las malas lenguas!
PLÁC. ¿Y en gastar? ¡Es un derroche!
Teatro, coche, francachelas;
¡para el carnaval dichoso
dos trajes por mil pesetas!...

ROQ. Eso no es verdad. (Interrumpiéndole.)
PLÁC. Me consta,
pues yo he pagado la cuenta.
ROQ. Además, gasta lo suyo.
PLÁC. (Aparte.)
Ya no rige esta cabeza.
(A Roque.)
Ya quiere salir de noche,
pero... ¡como yo no ceda!
Ya ves... hay que atarle corto
para evitar que se pierda.
¿No te parece?
ROQ. (Rrsuelto.) Pues no.
Tú te fías de cualquiera;
Manuel no es malo.
PLÁC. (Calmándolo.) No digo
que sea ya un calavera;
pero llegará y bien pronto
si sigue por esa senda.
ROQ. Y si tú el camino sigues
de mandar como ahora ordenas,
cuando vuelva don Raimundo
de su casa lo echas fuera.
PLÁC. No empecemos con insultos.
ROQ. No me tires de la lengua.
PLÁC. Bueno, ¿y el consejo?
ROQ. Escucha:
Déjalo que se divierta.
(El divertirse no es malo.)
Y eso de cafés, tabernas,
de no estudiar, no ir á misa,
faltar á la clase, etcétera,
no lo creo aunque me ahorquen.
¡Bueno es Manuel! tú quisieras
que te llamara don Plácido, (Con énfasis.)
que te pidiera licencia
hasta para ir...
PLÁC. No prosigas.
ROQ. Sí quiero; sé que te quema
que te diga las verdades.
PLÁC. No prosigas... que hay pendencia.
ROQ. Si eres hombre... (Amenazando)
PLÁC. Que la sangre
empieza á hervir en mis venas.

ROQ. (Con desprecio.)
Pues pronto hierve el puchero;
¡si apenas le he puesto leña!
Mas oye el consejo.

PLAC. Vete...
guárdatelo, norabuena.

ROQ. ¡Se habrá visto presumido!

PLÁC. Le escupiría. (Aparte.)

ROQ. Rabietas,
escucha.

PLÁC. Calla, que advierto
que un coche llega á la puerta.
(Roque se asoma al balcón.)

ROQ. Es Manolo... el señorito
que á tí te da tanta guerra.
Yo se lo diré ahora mismo.

PLÁC. Calle. (Sale de prisa por la izquierda.)

ROQ. Calla tú, babieca.

ESCENA III

DICHOS, MANOLO y ROBERTO por la derecha

MAN. Pasa, Roberto. (Entra Manuel y Roberto.)
Adiós, Roque.

ROQ. Buenas tardes, señorito;
si es que llegas un poquito
antes...

MAN. (Con ansiedad.)
¿Qué?

ROQ. Pues no te choque,
que ese Plácido es un bolo,
un pillo rayando en brujo,
que quiere hacer un cartujo...

MAN. ¿De quién? (Con curiosidad.)

ROQ. Pues de tí, Manolo.
Dice que eres insolente,
dice que no estudias ya,
que no escribes á papá,
que no oyes misa...

MAN. (Insinuante.) Detente;
¡no hagas más grande la herida
que en mi corazón se ha abierto!

ROQ. ¡Santo Dios! ¿si será cierto?... (Aparte.)
MAN. No... pero vete. (Ha oído el aparte.)
ROQ. En seguida.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA IV

MANUEL y ROBERTO

MAN. Pues mira, Roberto, á solas
te voy á hablar francamente;
acompañaros no puedo
esta noche. (Se sientan.)
ROB. Dí. ¿y se puede
saber lo que te lo impide?
MAN. Hombre, (Dudando.) sí; mi negra suerte.
Tormentos del corazón
que en mi conciencia se ciernen,
inquietudes, que me turban
y miedos, que me enloquecen.
ROB. ¿Conque vuelves á las tuyas? (Con desprecio.)
MAN. Es que así mi vida tiene
espinas, que me atormentan,
penas, que me dan la muerte,
son mis noches intranquilas,
mis días tristes;
(Mira á Roberto que se ríe con desprecio.)
no aumentes
con tu risa mis congojas;
Oyeme y me compadece.
ROB. Escucho.
(Manuel manifiesfa gran turbación de espíritu.)
MAN. Sólo la idea
de abandonar lo que siempre
ha sido de mi conducta
norma y guía, me entontece,
y son vagas mis ideas
y mis prácticas se pierden;
no hallo gozo en el estudio,
ni en la diversión deleite,
ni en mi conciencia sosiego,
ni claridad en mi mente.

Con esas nuevas ideas,
que fanático defiendes,
me parece el cielo obscuro,
cruel la noche me parece;
encuentro dolo en el mundo,
y veneno en sus banquetes,
y traición en sus promesas,
y en sus diversiones redes;
pesadumbre en sus orgías,
en su fortuna reveses,
y lágrimas en sus risas,
y en los amigos desdenes.
Con mis creencias cristianas
feliz me encontraba siempre...
¡¡Aun cuando estaba mi madre
en el trance de la muerte!!

ROB. (Con ironía.)
Dime, ¿qué te consolaba
en ese lance tan fuerte?...

MAN. Me consolaba creer
que cuando el cuerpo se muere
el alma empieza á vivir
esa otra vida, que tiene
por límites el sepulcro
y una eternidad alegre;
es decir, la eterna gloria
donde reina el Dios clemente,
que como castiga al malo
al bueno premia con creces.
Estas creencias serán
descabelladas, si quieres,
quimeras irrealizables,
absurdas, si te parece;
pero dan paz en los males,
satisfacción en los bienes,
resignación en las penas,
y en los dolores...

ROB. (Con marcada ironía.) Deleites.

MAN. Eso es; mientras las tuyas
son por el contrario, estériles,
y nos dejan un vacío,
que no hay nada que lo llene.
Ya ves si te canto claro
lo que mi conciencia siente;

es secreto, que confío
solo á un amigo. (Señalando á Roberto.)

ROB. (Muy insinuante, demostrando todo el engaño que indica la letra.)
¡Bien puedes!
Pero estás triste por tonto;
es que tú no me comprendes.
Oye. Roberto es cristiano,
como tú cristiano eres;
yo no te digo que el alma
á la espalda te la eches;
puedes oir misa el domingo,
todos los días, si quieres;
puedes rezar el rosario,
que es práctica que merece
el cariño de un cristiano;
puedes dar limosna, puedes
visitar los hospitales,
en las cárceles meterte
para consolar al triste
y alentar al que padece.
Puedes hacer cuanto manda
esa religión, que tienes;
pero dime, ¿eso te impide
hacer lo que te entristece?
Yo no quiero, ¡Dios lo impida!
un nuevo Credo imponerte;
el hombre es libre en su fe.

MAN. Me alegro que lo confieses.

ROB. Pero ahora dime, Manuel,
el Señor te ha dado bienes.

MAN. Es cierto; ¡gracias á Dios!
Soy rico.

ROB. (Con malicia.)
Pues, ¿qué te crees?
¿Que te ha dado esas riquezas
para que al Banco las lleves
y las guardes con cien llaves
para aumentar intereses?
A eso se llama codicia,
y esto Cristo lo reprende.
A tí Dios te quiere mucho,
y te ha dado tantos bienes
para que entre las miserias,

que en esta vida nos vienen
puedas en ratos perdidos
algún tanto distraerte.
Para eso en el mundo puso
teatros, cafés, deleites,
y sobre todo, Manolo,
(Señalándose á sí mismo.)
puso amigos buenos, fieles.
Te ha dotado de talento,
y sobre todo, le debes
una libertad preciosa,
y no debes ofenderle
haciéndole, vil esclavo
de ese viejo impertinente,
que quiere hacerte un cartujo
víviendo en el mundo, ¿entiendes?

MAN. Si no te explicas más claro
ignoro á qué te refieres.

ROB. Pues me refiero á qué Plácido
(Manuel va dando muestras de asentimiento cada vez más marcadas.)
te quiere atar corto, y eres,
dispénsame, un mentecato
si tal cosa tú consientes.
Si estuviera tu papá
y permiso le pidieres
para pasar una noche
con tus amigos, ¿pretendes
que te la iba á negar
siendo tan bueno como eres?
Si le pidieras dinero
para una broma inocente,
como es la del Carnaval,
no lo dudes, cinco, siete,
todo cuanto le pidieras
te daría; pues no debes
olvidar, que al fin y al cabo,
tuyos serán esos bienes.
En suma, siendo cristiano
puedes muy bien distraerte,
gozando (siempre que el goce
no sea pecado), y no debes
dejar que ese vejestorio
ahíto ya de placeres,

se proponga encarcelarte
entre estas cuatro paredes.
MAN. (Convencido.)
Tienes razón, caro amigo,
al fin logras convencerme;
gozoso seré esta noche
con vosotros.
ROB. (Aparte y con malicia.) Mío eres.

ESCENA V

DICHOS y ANSELMO por la derecha

ANS. ¿Se puede pasar?
ROB. Al diantre.
ANS. Siempre te encuentras de guasa.
ROB. De algún modo hay que pasar
esta vida tan amarga.
ANS. Tienes razón; pero vamos
al grano, que el tiempo pasa.
¿Habéis arreglado ya
lo de esta noche?
ROB. (Disgustado.) ¡Qué lata!
Pero, ¿no quedó esta tarde
todo arreglado?
ANS. Mas falta
dónde debemos reunirnos.
MAN. ¿Dónde ha de ser? En mi casa.
ANS. ¿Y si Plácido se entera?
MAN. (Resuelto.)
Que se entere, ¡qué caramba!
Roberto me ha convencido
de que esto no es cosa mala.
No vamos á hacer un robo,
ni á escalar una muralla,
ni á profanar una iglesia,
ni á matar á nadie, ¡vaya!
Es una cosa inocente
y yo haré lo que me plazca.
ROB. (Hipócritamente.)
Mira, Manolo, no tanto;
hay que pensar con más calma,
pues Plácido al fin y al cabo

es el ángel de tu guarda,
y tú debes, no lo dudes,
quererlo con toda el alma,
y tolerar cuanto puedas
sus muchas extravagancias.
Si sabes que ha de tener
un disgusto si te alargas,
lo hacemos sin que él lo sepa,
que él se entere no hace falta.

MAN. Bueno, pues no perder tiempo.
(A Anselmo.)
Ve discurriendo las trazas.

ANS. ¿A qué hora se acuesta ese?

MAN. De las once nunca pasa.

ANS. (Después de reflexionar.)
Pues entonces voy corriendo;
al venir traeré una escala;
tú nos tiras una cuerda,
te ato el extremo, la atas
á los hierros del balcón
de modo que no se vaya,
y por ella, gran pianicos,
sube toda la comparsa.
Vaya, adiós, que el tiempo corre.

MAN. Adiós, Anselmo.

ROB. (A Anselmo.) Oye, aguarda,
que yo también me retiro.
Voy á vestirme.

ANS. (A Manuel.) ¿Hará falta
traer algo que nos anime?

MAN. De todo tengo en mi casa.

ANS. | ROB. Pues entonces, hasta luego.
(Salen por la derecha.)

MAN. Que no se olvide la escala.

ESCENA VI

MANUEL y GABRIEL

Al salir Manuel á despedir á Roberto y á Anselmo, pasa por allí Gabriel y dice.

MAN. Oye, Gabriel, ¿dónde vas?

GAB. ¿Aonde ai de ir? A la cama.

Que si macuesto mu tarde,
me se puen pegar las sábanas.

MAN. Anda, entra, que te voy
á hablar á solas.
(Entra Gabriel.)

GAB. Pus habla.

MAN. Te advierto que es un secreto.

GAB. No tengas cudiao, ¡caramba!
cantes man dacer piazos
que yo diga mi palabra.

MAN. Pero sobre todo á Plácido...

GAB. Si ese viejo me satasca;
y lo que es daquí pa dentro,
(Señalando los dientes.)
que no... vamos... que no pasa.

MAN. ¿Por qué lo quieres tan mal?

GAB. ¿Por qué...? me sarranca el alma.
Porque te quiero á tí mucho
y veo cómo te trata.
Te lo diré á tí solito;
cuasi tóos los días manda
detrás de tí á Nicanor,
pa saber aonde andas,
y ma dicho en reservao
que tienes malas compañas,
que no estudias, que eres malo,
que mucho dinero gastas.
¡Sabrá visto el limpia pipas!
Y ma dicho esta mañana
que te va á atar corto.

MAN. (Con despreocupación.) Bueno.
Puede hacer lo que le plazca.

GAB. ¡Quiá! como lo llegue hacer,
yo te rompo las amarras,
y con ellas del gañote
lo cuelgo de una ventana.

MAN. Si no quiere decir eso.

GAB. ¿Pus qué quié icir?

MAN. Que me manda
dejar esas compañías,
que me va á negar la plata,
me va á prohibir ir á clase
y daré lección en casa.
En fin, que me hará un cartujo;

pero, oye Gabriel, me extraña...
¿Es verdad que ha dicho eso?

GAB. Sí, Manuel, esta mañana.
¡Ya lo creo! y no sé cómo
no lai achatao la cara.
Cuando á tí pa ser un ángel,
solo te faltan las alas.
Y sabes más que mil libros,
y de tus dineros gastas;
y te diviertes, es cierto,
pero es poco, ¡qué canastas!
Si yo como tú pudiera...

MAN. ¡Qué coincidencia tan rara!
(Aparte.)
Todos me dicen lo mismo...
(A Gabriel.)
Pues mira, Gabriel, ya basta;
puesto que piensas así,
escucha lo que se trama.
Esta noche cuando todos
estén durmiendo en su cama,
van á venir mis amigos,
van á traer una escala.
Subirán por el balcón,
y cuando esté la comparsa
reunida, nos marcharemos,
vamos al baile de gala.

GAB. ¿Por aonde vais á salir?

MAN. Por el balcón.

GAB. (Asustado.) ¡Virgen santa!
Por Dios, Manuel, no hagas eso,
puedes romperte una pata;
cierre más tarde el portero,
y cuando quieras te marchas.

MAN. Pero Plácido se entera.

GAB. Que se entere... ¿es cosa mala?

MAN. No es malo; pero ese viejo
es capaz en una carta
de decírselo á papá;
le contará mil patrañas,
y tendrá papá un disgusto.

GAB. Güeno; pus no diré naa.

MAN. Pero dime, buen Gabriel,
¿y si nos hicieras falta?

GAB. Si me lo mandaras tú,
iré á toas partes.

MAN. Pues basta;
yo llamo ahora al portero,
y cuando suba te escapas,
y esperas á que bajemos.

GAB. Te quiero más ca mi alma;
y aunque me cueste un desgusto,
haré lo que tú me mandas.
(Temblando. Muy agitado.)
Pero... me tiemblan... las piernas
y las grálimas... me saltan,
y paice... que... mismamente
tengo... un... ñudo... en la garganta.

MAN. ¿A qué viene ese temor?

GAB. Es verdad... no macordaba;
(Reponiéndose.)
el divertirse una noche
al postre, no es cosa mala,
y haces bien en ocultarlo
al viejo...

MAN. Bueno, pues anda.

GAB. Haré lo que masmandao.

MAN. Cuando suba ese te marchas.

GAB. (Con turbación.)
¡Válgame San Blas! ¡qué líos!
¡Ay, Grabiel!
(Muy inquieto y sin saber por dónde salir, dice á Manuel.)
Hasta mañana.

MAN. ¿Hasta mañana? no, hombre.

GAB. Ma había trascordao, ¡canastas!
Me se empinan los cabellos...
Hasta empués.

MAN. Adiós.

GAB. (Suplicante.) ¡Que salga
esta nube sin centellas!...
Te lo ruego, Santa Bárbara.
(Sale por la derecha.)

ESCENA VII

MANUEL, solo. Toca el timbre

Respira, corazón, que la tormenta,
que sin piedad ayer te amenazaba,
la conjuró el consejo de un amigo,
que dió á mi mente luz, paz á mi alma.
La pena huyó de mi turbada vida;
alma, puedes gozar siendo cristiana
en el mar que cruzabas entre escollos,
volvió á reinar alegre la bonanza.
Si eres libre, no dejes te esclavice
un hombre á quien el mundo ya empalaga.
Cuando él fué joven como tú eres joven,
se divirtió y gozó, ¡no seas esclava!
Si riquezas posees, no seas necia;
estudia sin descanso y hazte santa;
pero diviértete con los amigos,
ruín no te llamen, pues te sobra plata.
En esta vida mísera que vives
te saldrán al encuentro las desgracias;
pues busca tú con ansia por doquiera
los placeres, que el mundo te regala.
Por haberte rasgado el negro velo
que en muerte atroz tu juventud trocaba,
da gracias al Señor, que esta es la herencia
que me legó mi madre desgraciada.
Es ya hora de irse preparando
para el baile.

LUC. (Desde dentro.) ¿Se puede?

ESCENA VIII

MANUEL y El PORTERO, por la derecha

LUC. ¿Qué me manda?
MAN. Vete á la alcoba y me traerás corriendo
un envoltorio, que hay sobre la cama.
LUC. Al momento, señor.
MAN. Y ten cuidado

que nada en el camino se te caiga.
(Sale el portero por la izquierda.)
Y entre tanto veremos.
(Mira en los aparadores.) Sí, hay botellas,
copas también, pasteles, empanadas;
todo completo está.
LUC. (Por la izquierda.) Aquí está esto.
MAN. Déjalo ahí. (Señala.) Y dime, ¿dónde anda
Plácido, si lo sabes?
LUC. Señorito,
hace ya un cuarto que se fué á la cama.
MAN. Y tú, ¿por qué la puerta ya no cierras?
¿No ves que es tarde?
LUC. Sí, voy á cerrarla.
MAN. Y otra noche no aguardes á estas horas.
LUC. Usted descanse.
MAN. Adiós.
LUC. Hasta mañana.
(Sale por la derecha.)

ESCENA IX

MANUEL, solo. Satisfecho

Ya soy dueño del castillo.
¡Bien preparé la emboscada!
Que duerman esos benditos
mientras gozo yo á mis anchas.
(Se oye el pasodoble de una estudiantina.)
Mas... calla... si no me engaño
oigo ruido de comparsas.
Todos empiezan temprano, (Impacientándose.)
mas los míos... ¡cuánto tardan!
Como es la primera noche
que gozo en estas jaranas,
parece un minuto un siglo,
mi impaciencia raya en ansia.
Sacaremos las botellas
y empezaré á destaparlas.
(Saca una y lee la etiqueta.)
Jerez de *primo cartelo*,
con esto las penas pasan,
y los muertos resucitan.

(Saca otra, la descorcha y lo prueba. Lo saborea.)
¿Y qué digo de este Málaga?
algo dulce me resulta;
pero, en fin, tal vez le plazca
á ese tonto de Felipe,
ó el *Creme de Rose*, que es de mandrias.
¡No he visto joven más lila,
ni más soso y más tontaina!
Los demás querrán del Mono,
y aquí está la mejor marca;
(Lo saca y destapa.)
esto alegra el corazón
y las inquietudes mata.
¡Qué tarde conocí el gozo
que se encierra en estas danzas!
estos son los pastelillos,
aquí están las empanadas
y esta es la fruta de Astorga.
(Va sacando según indica la letra. Muy impaciente.)
Mas no vienen... ¡qué cachaza!
¡Si supieran mi impaciencia
y el festín, que los aguarda!
También tengo que coger
el dinero, que haga falta;
con mil pesetas supongo
que para una noche basta,
pues puede llegar el caso
de ser forzosa una banca
y atrás no deben dejarme
esos otros camaradas.
(Como herido por el remordimiento.)
Conciencia, no me remuerdas,
que al fin de lo tuyo gastas.
(Se oye otra estudiantina y se percibe la voz de Roberto.)
¡Gracias á Dios! Ya percibo
la voz de Roberto.. calla...
y viene una estudiantina.
(Se asoma al balcón.)
Ellos son. (Alegre.) La cuerda.
(Coge la cuerda y apaga la luz.) Apaga.
(Todo esto muy precipitado. Se asoma y vuelve a escena.)
En la esquina se han parado

á darle la serenata
á la abuela de un amigo
y á su hija doña Laura.
Escucharé la habanera,
que es música que me encanta.

Música

Sigue la noche su apacible curso,
rueda la luna entre zafir de nubes,
velen tu sueño célicos querubes;
descansa en paz.
Son las estrellas en el claro cielo
perlas prendidas en su negro manto;
despierta y oye nuestro alegre canto;
despierta ya.
Que ya la aurora sonrosada viene,
que ya despierta el ave vocinglera,
ya trisca el recental por la pradera.
Despierta tú.
Y tu cariño
fiel y constante
al estudiante
déle un adiós.

(Mientras el canto, con intervalos, dice Manuel.)

Hablado

¡Muy bien!
¡Soberbio!
¡Qué voz
tiene ese chico Sarana!
(Se oye llamar á Manuel.)
Llegó el momento feliz,
ya han concluído, ya llaman.
(Se asoma al balcón y dice.)
Anselmo, toma la cuerda.

ANS. (Desde abajo.)
Atala bien, no se caiga.
(Manuel tira de la cuerda, sujeta bien la escala y dice.)

MAN. Podéis subir sin cuidado,
que está muy bien amarrada.

ESCENA X

MANUEL, ROBERTO, ANSELMO, FELIPE y comparsa

FEL. (Saltando á escena.)
¡Ya llegué!
MAN. (Con ironía.) Felices noches.
(Van entrando los demás. Los de dentro hablan entre sí.)
Trepais todos como ardillas;
(Examina los trajes.)
Vaya, jóvenes, qué hebillas...
y ¡caramba! con los broches.
Son trajes fascinadores!
hoy damos el golpe gordo.
ROB. ¿Qué dices?
MAN. ¿Te has vuelto sordo?
ROB. Me gustan más los licores.
MAN. (A Felipe.)
Vamos con ellos, Felipe.
FEL. Dispensa, no tengo gana.
ANS. Si no es hombre de jarana.
ROB. (Con ironía.)
Cuidado, no se constipe.
FEL. ¿Y á tí qué?
ROB. (Con ironía.) Lo sentiría.
MAN. ¿Y nada vas á beber?
FEL Si hubiera algo...
MAN. (Examinando las botellas.) Voy á ver.
(Satisfecho de encontrar una.)
Pues, mira, sí.
TODOS ¡Qué alegría!
MAN. Aquí tengo *Creme de rose.*
ANS. Eso es para señoritas.
ROB. (Con intención.)
Tome usted unas yemitas...
TODOS Que las tome.
ANS. Si no tose.
FEL. Aquí debe haber corriente,
pues siento un frío fatal.
ROB. Nada, nada; en un fanal
estarás divinamente.

MAN. Tal vez sea más que frío
falta de esto en la barriga.
(Sirve una copa y se la ofrece á Felipe.)
¡Felipe, que no se diga!
hasta verte, Jesús mío.

ROB. Antes, que cante el *Delirio*
de un estudiante precoz.

ANS. Tiene muy bonita voz.

FEL. Hay que sufrir el martirio.
Pues lo queréis, así sea;
vosotros hacéis el coro.
¿Estamos?

TODOS Sí; vamos ¡ea!

Música

(El canto debe ser cómico,)

Tan malo estuve un día
que nadie sabe;
tuve holgazanería,
¡¡fué cosa grave!!
Ya fueron á buscarme
la caja y cirios;
no pude confesarme
por los delirios.

CORO Felipe, cuéntanos tus desvaríos
y déjanos de historias y de líos.

FEL. Soñaba que en la calle pavorosa
de San Bernardo me salió un gigante,
grande como un castillo y al instante
corrió detrás de mí.
Su férrea mano me tendió furioso,
jugó conmigo á la pelota airado
y en la Universidad muy sosegado
sonriendo se entró.

CORO Sigue contando, que ese fué el de historia;
pues no puede con ella tu memoria.

FEL. Luego en un tribunal me ví acusado;
acusado no sé de qué delito;
condenado salí, más no contrito
de mi pecado yo.
De pena lloro al recordar el trance,
y el banquillo del reo aún me espanta;

vi el dogal arrollarse á mi garganta
y mi vida acabar.

CORO — Ese fué el de Penal, que te suspende
porque cuando él explica tú no atiendes.

FEL. — Deliro luego con horrendo monstruo;
¡favor! ¡auxilio! guardias! ¡muy de priesa!
¡á ese! ¡que está sobre la mesa!
asustado grité.
Entonces dijo el médico agitado:
«Los estudios acaban con el chico
si usted no lo remedia, Federico,»
este mi padre era.

CORO — El monstruo, que estaba sobre la mesa
eran los libros que tanto pesan.

FEL. — Entonces mi padre
que más no estudiaba
furioso juró,
y tal juramento
fué el medicamento
más radical.
El delirio se acabó,
conseguí lo que quería,
mejoré de día en día,
y ya estoy mejor.

CORO — ¡Muy bien! ¡bravo! ¡soberbio!
solo con fingir delirio,
se libra uno de estudiar
que es el más grande martirio.

Hablado

MAN. — Ignoraba que tenías
tal gusto para cantar.

ROB. — Yo nunca pude soñar
en tí tantas picardías.

ANS. — ¡¡Fíate del agua mansa!!...

MAN. — Felipe, mi enhorabuena.
Ahora otra copa. (Se la sirve.)

ROB. — ¡¡Bien llena!!

FEL. — Tanto beber ya me cansa.

ANS. — Mucho más te merecías;
pero no te hagas rogar:
déjate de tonterías,
choca. (Chocan las copas.)

TODOS ¡Bravo!
FEL. Hasta apurar.
(Se oye en la calle un silbido.)
MAN. ¿Quién á estas horas silbará en la calle?
ANS. No te inquietes, Manuel, como sabía
que á tí tal cosa no te enfadaría,
invité á nuestro amigo Juan del Valle.
Creo vendrá con él su estudiantina,
que dicen que es de lo mejor que toca.
Echa la escala.
(Manuel va al balcón y arroja la escala.)
MAN. Arriba, gente loca;
aquí hallaréis amigos y cantina.
(Mientras suben sigue el diálogo.)
MAN. ¿Son los que con vosotros han llegado?
ROB. Sí.
MAN. ¿E iremos con ellos?
ROB. No, por cierto.
Ellos van al concurso de conciertos,
nosotros al de trajes.
TODOS ¡¡Bien hablado!!
MAN. ¿Y por qué no han subido con vosotros?
ANS. Ya se lo dije á Juan; mas no accedió
sin que antes te avisáramos nosotros,
y fueron á hacer tiempo.

ESCENA XI

DICHOS, JUAN DEL VALLE y su estudiantina

JUAN Aquí estoy yo. (Saltando á escena.)
Dios os pague el asilo, compañeros.
MAN. Bien venidos seáis.
JUAN (Observando la mesa.) Estáis provistos.
MAN. Tomad; es para todos, andad listos;
tomad cuanto queráis, más disponeros
para marcharnos pronto, que ya es tarde.
Bebed hasta embriagaros; no hagáis ruído,
que yo voy a vestirme.
(Sale por la izquierda tomando el traje que estará en una silla.)
ROB. Ya vestido

estar debieras.
(Sirve una copa y la ofrece á Felipe, que no acepta)
¡¡Si será cobarde!!

ESCENA XII

DICHOS menos MANUEL

ROB. ¡El cerco estrechen, al asalto, formen!
Carguen, apunten, una, dos, tres... fuego.

Música

(Toman dos ó tres botellas que van pasando de unos á otros y beben según indica la letra. La botella debe estar en Felipe cuando cantan «Que vuelva á beber».

Hasta que el artillero
no diga «bomba va»,
hasta que no dispare
ninguno beberá.
Que beba,
que beba.
Que no beba más.
Hasta que el artillero
no diga «bomba va»
hasta que no dispare
ninguno beberá.
Que beba,
que beba.
Que vuelva á beber.
.. ..
Que no beba más.

JUAN Nunca juzgué la recepción tan fina;
compañeros, lo digo con franqueza
y para agradecer tanta largueza
que cante, permitid, mi estudiantina.

TODOS ¡Bravo! ¡muy bien!

(Se reunen y Juan dice:)

JUAN A la Caridad.
Santa virtud, de cándidos amores,
que velas la indigencia;
efluvio de la rica Providencia
del Dios de los favores.

Luna en la noche lóbrega del triste,
consuelo de sus penas,
ariete, que al cautivo
le rompe las cadenas.
Del huérfano eres padre
pan del hambriento.
Eres del que padece
vida y aliento.
Todos te busquen
con ansiedad,
ángel benéfico
de caridad.
Los estudiantes
te bendecimos
y te pedimos
con dulce son
que en los estudios
nos des la palma,
nos des la calma
del corazón.

Hablado

ANS. Bien merecida, Juan, tenéis la gloria
de que gozáis.
JUAN Mil gracias.
ANS. Fuera farsa;
no recuerdo haber visto otra comparsa
como la tuya ni la habrá en la Historia.

ESCENA XIII

DICHOS y ROQUE por la izquierda

ROQ. ¡Jesús! Amén.
ROB. (Dándole en la espalda.)
Hola, abuelo.
ANS. Buenas noches.
ROQ. Parece que la gente está de broma.
ROB. Dadle una copa.
JUAN ¿Y si no la toma?
ROQ. Y diez también.
(Observando la mesa.) ¡Jesús! ¡y qué derroche!

ANS. Eso de diez lo habrá usted dicho en guasa.
ROQ. ¡Guasa á mis años!... Cuando yo era mozo,
como vosotros, me bebía un pozo.
ANS. Pues hoy si llega á tres, de ahí no pasa.
ROB. ¿Tres pozos?... (Con ironía.)
ANS. Hombre, no, tres cortadillos.
ROQ. Haced la prueba.
ROB. (Le da una copa.) Ahí va.
ANS. Chóquela, abuelo.
ROQ. Brindo por todos.
TODOS ¡Viva!
ROQ. (Muy satisfecho.) ¡Qué consuelo
al estómago dan estos vinillos!
ROB. Vamos con la segunda. (Se la ofrece.)
ROQ (La acepta y la bebe.) Si te empeñas...
ANS. ¡Cuidado, no se chispe!
ROQ. (Con desprecio.) ¡Se habrá visto!
¡Si seré yo tan lila como Sixto!
SIXTO Veámoslo. (Le da otra copa.)
ROB. ¡Por Dios!
ROQ. (La bebe y dice después:) Si son pequeñas...
JUAN ¿Vamos con la tercera?

ESCENA XIV

DICHOS y MANOLO por la izquierda

MAN. (Contrariado al ver á Roque.)
¿Aquí el abuelo?
Pues nos ahogó la fiesta.
ROQ. (Tartamudeando,) No, mo... no... no...
ROB. Si está hecho un anís.
JUAN Anís del Mono.
ROQ. El mono serás... tú.
(Manuel le toca en el hombro.)
Oigo, Manuelo. (Risas.)
MAN. (Con imperio.) Ahora á la cama.
ROB. A dormirla, amigo.
(Va á salir y Manuel lo detiene y dice:)
MAN. Cállate, y que don Plácido no sepa
lo que ha pasado aquí.
ROQ. Por esta chepa...

Buenas... noches.

TODOS Adiós.

ROB. Iré contigo.

(Va á ayudarle. Roque lo rechaza y sale por la izquierda.)

ESCENA XV

DICHOS menos ROQUE

MAN. Vaya, ¿habéis concluído?

ROB. Ya el castillo
cedió á nuestra titánica pujanza.

MAN. Pues vámonos de aquí.

TODOS Ruede la danza.

ROB. Amigos, á bajar por el rastrillo.

(Echan la escala y mientras bajan cantan.)

Música

Cuidado con la cabeza,
que debe estar mal segura;
á descender con presteza
del balcón,
no vaya á ser que este vino
nos haga perder el tino
y cataplón.
Vamos al baile
del gran salón.

(Al concluir se oye el pito del Sereno y se alarman. Solo Anselmo queda en escena.)

Hablado

ANS. ¿Hay moros en la costa?

ROB. (Todo con gran precipitación.) Sí, el sereno.

MAN. Baja corriendo y huye.

ANS. ¡Santo Cristo!

MAN. No te entretengas.

ROB. Corre.

JUAN Baja listo.

PEPE Salta que ya estás cerca.

MAN. ¡Buen estreno!

ESCENA XVI

Los SERENOS del barrio

Entran momentos después por el mismo balcón

C. SER. (Al Sereno 1.º)
¿Pero sabes si se fueron
ó si lograron subir?
SER. 1.º Yo sólo los ví huir
y de vista se perdieron.
C. SER. Por lo menos debe estar
aquí el que ató la escalera.
SER. 1.º Pues, ¡buena felpa le espera!
SER. 2.º ¡Qué zurra se va á chupar!
C. SER. Pero antes hay que indagar
quién habita en esta casa.
(Llamando por las dos puertas.)
¡Vecinooo!... ¡Vecinooo!...
PLÁC. (Desde dentro.) ¿Qué es lo que pasa?
SER. 1.º Ya ha logrado despertar.

ESCENA XVII

DICHOS, primero ROQUE y después PLÁCIDO

Plácido se turba al ver á los Serenos, y demuestra gran inquietud

C. SER. Responda usted sin demora:
¿quién en esta casa habita?
PLÁC. ¿Qué es esto? ¡Virgen bendita!
¿Qué buscan aquí á estas horas?
¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?
¡Voto á Gil Blas! ¡Por favor!
(Gritando por la izquierda.)
¡Manuel, Andrés, Nicanor!
¡Ay, mi Dios! pierdo el sentido.
(Se desmaya. Lo sientan entre dos Serenos.)
SER. 3.º ¡Más valor! No hay que temer
estando aquí los serenos.
AND. } ¿Qué pasa, vamos á ver?
NIC. }

SER. 3.º Mira. (Señalando el balcón.)
AND. ¡Ya! ¿robo tenemos?
NIC. ¿Y el ladrón?
SER. 3.º Eran ladrones,
y alguno aquí debe estar.
C. SER. Ahora mismo á registrar
todas las habitaciones.
¡Ojo alerta! ¡gran cuidado!
(Al Sereno 3.º.)
Aquí tú por si se escapa.
NIC. Yo le levanto la tapa
de los sesos... ¡desalmado!
(Salen por la izquierda todos menos dos Serenos que quedan con Plácido.)

ESCENA XVIII

PLÁCIDO y SERENOS que le cuidan

PLÁC. (Volviendo en sí.)
¿Qué es eso? ¡El balcón abierto!
¡De él una escala colgando!...
Yo no sé si estoy soñando,
ó si me encuentro despierto.
SER. 3.º Mi compañero Benito
por la vecindad velaba,
cuando observó que trepaba
algo al balcón; tocó el pito,
acudimos los demás
y al punto aquí nos subimos,
veremos si descubrimos
á los ladrones.
PLÁC. (Muy excitado.) ¡¡Gil Blas!!
¿Y Manuel? ¡Ay, qué agonía!
¡Bendita Virgen del Carmen!
(Sale precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA XIX

LOS SERENOS, ROQUE, ANDRÉS y NICANOR, entrando por la derecha

SER. 1.º Tranquilidad, no se alarmen
que la jaula está vacía.
C. SER. Pues, ¿quién demonios habrá
bajado por la escalera?
PLÁC. (Entra por la derecha.)
¡Se habrá visto calavera!
Pues su padre lo sabrá...
Señores, se pasó el susto;
debió ser el señorito
que se ha marchado, ¡maldito!
¡No me ha dado mal disgusto!
¡Y no le ha dado al dinero
malos tientos! ¡Mil pesetas!
¡Y un cheque!
SER. 1.º ¡Vaya unas tretas
que descubre el marrullero!
C. SER. ¡Pues si son calaveradas
de un joven en carnaval,
vámonos, y menos mal!
PLÁC. Las gracias les sean dadas.
Pero yo les aseguro,
como soy el mayordomo,
¡voto á Gil Blas! que hoy tomo
tal remedio que lo curo.
ROQ. (Con desprecio.)
Y yo seré su enfermero,
pues es un chico que quiero.

Música

TODOS ¡Así, muy bien!
PLÁC. ¡Ah, perillán!
TODOS Sin compasión...
PLÁC. Yo te daré
para jaleos
de carnaval.

SERENOS Y á nosotros por cuidar
nos darán una propina,
que en la taberna vecina
la vamos á liquidar.

PLÁC. Ahí va.

SERENOS ¡Muy bien!

C. SER. Mil gracias.

PLÁC. A usted.

SERENOS Marchemos con precaución
nuestros barrios á velar;
chuzo al brazo y á bajar.

ROQ. (Asustado.)
Pero no por el balcón.

TODOS Cuando descansa
es el sereno,
el angel bueno
de la ciudad.
Y aunque diluvia,
graniza ó hiela,
él siempre vela
la vecindad.

(Telón muy lento.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa un cuarto pobrísimo. Puertas laterales, cama pobre en un ángulo y una ó dos sillas viejas.

ESCENA PRIMERA

MANUEL, solo. Lee en alta voz la carta siguiente. Muy excitado

New York..... de..... de 190.

Hasta hoy había tenido verdadera complacencia en llamarte hijo mío; desde hoy también, renuncio á este placer y tengo el hondo y amargo sentimiento de considerarte como el difamador de mi apellido y el verdugo criminal de un padre, que se ha sacrificado por tí.

Leía la carta de Plácido y no quería dar crédito á sus palabras. Me enteraba, sobre todo, de que por haberte fugado de casa y haber dejado preparada la subida has sido vítima de un robo, que ha reducido á la miseria más vergonzante á tí y á tu padre, y me ardía la cara de vergüenza. Despreciaste los saludables consejos de tu padre por escuchar la insidiosa voz de un falso amigo, y palpas ahora las amargas consecuencias de tu crimen.

Sábelo; mi corazón herido te rechaza; mis labios quieren pronunciar sobre tí eterna maldición.—*Raimundo.*

(Creciendo la excitación según indica la letra.)
Negros crespones por doquiera veo;
una sombra fatídica me sigue;
un pensamiento triste me persigue;
muerte, cébate en mí, yo te deseo.
Abre tierra tus fauces y me traga,
que es para mí muy duro este calvario;
salga á mi encuentro criminal sicario,
que remate mi vida con su daga.
Y pues maldito viviré en el mundo,
pues en la carta me maldice un padre,
aunque á los cielos mi rencor no cuadre
bajaré maldiciendo á lo profundo.
Maldeciré la noche en que escenario
hice mi casa de febril orgía;
y profané con ruines compañías
de nobleza y amor el santuario.
Y la debilidad de mi conciencia
en dejarse arrastrar de un falso amigo,
y las ideas que en mi mente abrigo,
y la acción que me cubre de vergüenza.
Y la antigua nobleza de mi cuna
mis pasadas riquezas y mi gloria,
bórrelo de sus páginas la historia;...
maldito todo sin reserva alguna.
Maldita la aflicción, que me rodea,
maldito el hambre, que á pedir me obliga,
y la limosna, que con mano amiga
en la calle me dan, maldita sea.
(Transición.)
Perdona ¡oh Dios! mi delirio,
si con él pude ofenderte;
perdona mi corazón,
que en rencor profundo hierve.
No recuerdes, no, Dios mío,
mis palabras maldicientes;
ten piedad del que de hinojos
acata tus sabias leyes.
Mal hijo soy, porque quise,
porque lo busqué, indigente,
vicioso, porque corrí
del mundo tras los placeres.
Mi confusión me atormenta,
mi conciencia me remuerde,

mi corazón de dolor
pedazos hacerse quiere.
Mira á tus pies de rodillas
un hijo, que se arrepiente;
quiere lavar con su sangre,
lavar con lágrimas quiere
tu Providencia ofendida
por sus pasados desdenes.
Y el lodo de la deshonra,
que de su padre en la frente
arrojó, quiere quitarlo
aunque sea con la muerte.
Vuélvelo, ¡oh Dios! á mis brazos;
que yo lo abrace y lo bese,
que viva siempre mendigo,
más que no vuelva á ofenderle.
Haz, Señor, que me perdone,
aunque le ofendí rebelde;
haz que me llame su hijo,
y como á tal me aconseje.
Yo seguiré sus consejos,
yo respetaré tus leyes,
y aunque me los brinde el mundo
despreciaré sus deleites.

ESCENA II

MANUEL y JESÚS PASCUAL, por la derecha

JESÚS ¿Hay permiso? (Desde fuera.)
MAN. Adelante.
JESÚS Buenas tardes.
MAN. Dios se las dé felices; más no tengo
el honor de saber quién me dirige
un saludo, que yo no me merezco.
JESÚS ¿Don Manuel Santa Cruz?
(Extrañándole la pobreza.)
MAN. Para servirle.
JESÚS Pues dejemos de usted el tratamiento;
(Se dan la mano.)
yo soy Jesús Pascual, ¿me reconoces?
soy compañero tuyo de Colegio.

MAN. No te canses en darme explicaciones;
(Se sientan.)
te reconozco; y dime, ¿qué te has hecho
desde el día fatal en que salimos
del Colegio donde éramos tan buenos?

JESÚS A Valencia me fuí, donde mi padre
fué destinado por su nuevo ascenso,
y allí con lucimiento he concluído
las carreras de Ciencias y Derecho.

MAN. ¿Seguirás tan juicioso?

JESÚS Lo procuro.

MAN. Y sigues aplicado, según veo.
Jesús ¡qué feliz eres! mas en cambio
mi vida ya no es vida, es un tormento.

JESÚS No te aflijas, Manuel, si la fortuna,
he dicho mal, si bondadoso el Cielo
de tu virtud aquilatar pretende
la hermosa joya con...

MAN. (Interrumpiéndole.) No lo consiento;
no digas que en mi alma hay ya virtudes,
No digas que hay nobleza ya en mi pecho;
ingrato fuí al Dios, que antes amaba,
hijo bastardo soy de un padre bueno.
Soy en la sociedad una polilla,
yo mismo (no te asombre) me aborrezco;
no merezco ni el aire que respiro,
yo merezco, Jesús, sólo el infierno.

JESÚS Tú deliras, Manuel, y tus blasfemias
hijas son de la fiebre.

MAN. Y del recuerdo
de una noche fatal, que hundió mi vida
para siempre en la sima del tormento.

JESÚS Si yo pudiera conocer la herida,
que te taladra sin piedad el pecho,
lenitivo tal vez pudiera darte,
aunque no fuera más que el de un consuelo.

MAN. Te contaré mi historia, si es que puedes,
que lo dudo, escucharla.

JESÚS Estoy atento.
No dudes que el dolor si se reparte
entre dos corazones se hace menos.

MAN. Gracias, gracias, Jesús; como tú sabes
salí de San Antón siendo un modelo;
emprendí decidido la carrera

y en los primeros cursos gané premios.
Después la libertad me fué gustando,
y me fueron gustando los jaleos,
se fueron entibiando mis creencias,
dejando poco á poco fuí mis rezos.
Plácido, fiel, velaba mis caminos,
y, fiel, me prodigaba sus consejos,
y en cartas desde América mi padre
me guió con razones y con ruegos.
Todo lo desprecié; pero entre tanto
escuchaba de amigos traicioneros
la insidiosa palabra y ¡Dios lo olvide!
me lancé de los vicios al sendero.
Yo me encontraba en báquicos desmanes,
me encontré en juveniles devaneos,
el juego, los cafés y los teatros
de mi vida absorbían todo el tiempo.
Mas sobre todo, escucha: Era una noche,
martes de carnaval ¡¡bien lo recuerdo!!
quise pasar la noche en los salones,
quise ocultar á Plácido mi intento,
y con otros amigos, callandito,
por el balcón salimos; quedó abierto,
pendiente de él, la escala, y por la misma
entró un ladrón y me robó el dinero.
Aquella noche mi fatal destino
me persiguió, Jesús, hasta en el juego;
perdí más que el dinero que llevaba
y, como es natural, quedé debiendo.
Para pagar la deuda no tenía
sino los muebles, los vendí, y su precio
me sirvió para el pago, y mi desgracia
poder sobrellevar en los comienzos.
Plácido, el pobre, al verme sin un cuarto,
se despidió de mí con sentimiento,
me despidió el casero, por si acaso
exponía su casa á nuevos riesgos.
Lo poco que quedara de la venta
llegó á agotarse en reducido tiempo...
Jesús, esta es mi historia, y desde entonces,
como viéndolo estás, soy pordiosero.

JESÚS — Pero dime, ¿en el Banco no tenías
alguna cosa?

MAN. — Sí; los documentos
los robaron también.

JESÚS — Pues dí, ¿este cuarto
cómo lo pagas?
MAN. — ¡Chico, me avergüenzo!
Un día me encontré á los colegiales
con el padre Julián por Recoletos,
les conté la miseria en que me hallaba,
sin casa, sin abrigo, sin sustento.
Les pedí una limosna, ¡qué vergüenza!
Yo que fuera tan rico como ellos,
y este cuarto uno de ellos de su padre
recabó, mientras hallo algún empleo. (Llora.)
JESÚS — La confianza en Dios nunca se pierde.
MAN. — Que Dios se compadezca no merezco.
JESÚS — Vaya, chico, me voy (Se levantan.)
y cuanto pueda
haré por tí.
MAN. — Jesús, te lo agradezco.
(Jesús va á salir, pero se detiene al ver á Roque, que entra por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS y ROQUE

JESÚS — Oye, Manuel, pero... ¿es Roque?
MAN. — El mismo.
ROQ. — (Muy triste.) Sí, señorito.
JESÚS — Está bien conservadito.
ROQ. — Mire, señor, no le choque.
Aquí no han sido las glorias
ni los años (son setenta),
la causa que de mí ahuyenta
de otros tiempos las memorias.
No caigo en quién puede ser
el señor.
JESÚS — Pero... ¿es posible?
ROQ. — Este golpe tan terrible...
MAN. — (Al nombrar á Jesús hace ademán Roque de caer en la cuenta de quién es.)
Mira, Jesús, parecer
pudiera descortesía;
pero al veros platicar

me ahoga el llanto, y á llorar
me voy á la alcoba mía.

JESÚS No te apoque la pobreza,
sufre en paciencia tu suerte,
en tu desgracia sé fuerte,
busca en Dios la fortaleza.

MAN. Así lo haré.

JESÚS (Se dan la mano) Vete en paz.

MAN. (Aparte.)
¿Será posible que Dios
oiga mi oración? (Sale por la izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS menos MANUEL

JESÚS Y vos,
¿cómo estais aquí?

ROQ. Asaz
triste es la historia. Mis años,
mis achaques y el cariño,
que profesé siempre al niño
me hacen que parta sus daños
con él.

JESÚS ¿Y la subsistencia?

ROQ. Al que busca la justicia
nunca le falta propicia
del Señor la Providencia.
Desde el día en que cayó
en la indigencia Manuel,
estoy viviendo con él;
y no vivo solo yo.
Detestando sus delitos,
para expiar su pasado
parte el pan, que ha mendigado,
con dos pobres cieguecitos.

JESÚS ¿Y sufre en calma el martirio?

ROQ. En terrible batallar
cuenta sus días pasar,
ya en lucidez, ya en delirio.
Cuando piensa en su papá,
¡puede tanto la amargura!..

que casi raya en locura
la excitación.

JESÚS — ¡Claro está!...

ROQ. — Y esta es, Jesús mi misión;
ahuyentar los pensamientos,
que turban cual recios vientos
el mar de su corazón.
Pero á veces el papel
se cambia... (Llora.) y en mi quebranto
tiene que enjugar mi llanto
reprimiendo el suyo él.

JESÚS — ¡Triste vida es en verdad!...

ROQ. — ¡Solo el Señor es testigo!

JESÚS — Quedad con Dios.

ROQ. — Sea contigo
por toda la eternidad.
(Sale Jesús por la derecha)

ESCENA V

ROQUE, solo

Mucho tardan en volver
hoy esos dos rapazuelos...
¡Siempre con estos recelos...
y sin tener que comer!...
Pero vayamos á ver
si le ocurre algo á Manolo,
pues largo rato está solo
y puede la calentura
acabar con su tortura
en un descuido.
(Hace que se acuerda de algo, y en vèz de dirigirse á la izquierda sale por la derecha. Al volver trae un lío de ropa.)
¡Qué bolo!
(Al mismo tiempo que Roque sale por la derecha entra Manuel por la izquierda.)

ESCENA VI

MANUEL. Poco después ROQUE

MAN. (Muy satisfecho.)
¡Cómo el llanto desvanece
del corazón las tormentas!
Cuando lloro se iluminan
de mi mente las tinieblas,
y se endulza mi amargura,
y se mitigan mis penas,
y renace la esperanza
en mi lóbrega conciencia,
y son mis noches tranquilas
y mis vigilias risueñas.
ROQ. (Sorprendido.)
¿Ya está aquí? Lo ocultaremos
(Oculta el lío que trae.)
para que no se dé cuenta.
MAN. ¿Quién habla?
ROQ. Yo soy.
MAN. Ven, Roque.
ROQ. Ya se nos ahogó la fiesta. (Aparte.)
MAN. (Reparando.)
Pero calla... ¿qué envoltorio
quieres ocultar? Respuesta
categórica has de dar
sin ocultar lo que sea.
ROQ. (Aparte.)
¡Jesús y Virgen del Carmen!
MAN. Responde, Roque, sin tregua.
ROQ. Pues un traje para tí.
MAN. ¿Otra limosna? Quisiera
conocer al bienhechor
para yo tenerlo en cuenta.
ROQ. Un antiguo compañero.
MAN. (Excitado.)
Sobre la cama la deja
y haz el favor de marcharte,
que me estorba tu presencia.
ROQ. Mira, Manuel, no te entregues
á esos excesos.

MAN. (Más confuso.) ¡Quimera!
El rubor salta á mi rostro.
Vete.
ROQ. (Aparte.) Observaré de cerca.
Sale por la izquierda.)

ESCENA VII

MANUEL, solo

¡Un traje para mí... que lo desecha
de mi edad infantil un compañero!...
¡Una limosna, que me da su padre!...
¡Viviendo de limosna en cuarto estrecho!...
¡Yo... que tuve y gocé, fuí rico un día,
verme obligado á mendigar sustento,
traje y hogar, hasta de aquellos mismos,
que vieron mis antojos satisfechos!...
¡Yo que gocé de libertad un día,
entre cuatro paredes verme preso!..
¡De la indigencia atado con los grillos,
sin dignidad, sin casa, sin dinero!...
¡Esto es mucho sufrir para uno solo;
mejor que esto será cualquier veneno;
esta vida no puede durar mucho,
no puede ser... aunque lo mande el Cielo!
(Transición.)
¡Perdón, señor, perdona mis blasfemias;
yo no sé lo que digo; me arrepiento;
pero no más prolongues el martirio,
calma el dolor, que me tortura el pecho!
Yo sin conciencia quebranté tus leyes,
tu nombre augusto profané blasfemo,
yo de mi padre he sido la deshonra,
su perdición he sido, lo confieso.
Pero cálmense ya vuestros enojos,
que ya están castigados mis excesos,
limpiad con vuestra gracia mi conciencia
y que acabe la muerte mis tormentos.
(Se sienta y con la cabeza entre las manos queda profundamente pensativo.)

ESCENA VIII

MANUEL, PLÁCIDO y ROQUE. Plácido por la derecha

PLÁC. (Llamando.)
Manuel... ¿Si no estará en casa?
(Reparando en Manuel.)
Se habrá quedado dormido.
ROQ. (Por la izquierda.)
Vaya usté por do ha venido.
PLÁC. Me urge hablarle..
ROQ. Mas con tasa;
no le excitéis mucho vos,
que su calentura es grande.
PLÁC. Bien puede ser que se ablande.
ROQ. Lo dudo. Quedad con Dios. (Con sequedad.)
PLÁC. ¿Me conocéis?
ROQ. (Enfadado.) Sí, y rebasa
mi rencor aquí escondido.
(Sale por la izquierda haciendo gestos de amenaza y desprecio á Plácido.)

ESCENA IX

MANUEL y PLÁCIDO

PLÁC. Manuel... (Tocándole en el hombro.)
MAN. (Respondiendo al pensamiento que lo embarga.)
Sí, Señor, yo he sido;
perdóname.
PLÁC. ¿Qué te pasa?
MAN. Yo fuí el infame traidor
que pisó tus mandamientos;
yo dí á mi padre tormentos,
fuí su verdugo, Señor.
PLÁC. Pero, Manuel, vuelve en tí,
y dime lo que te agita.
MAN. (Conociendo á Plácido.)
Aquella noche maldita
en que de mi casa huí;

aquella noche en que necio
tus consejos desprecié;
ya desde entonces seré
para los hombres desprecio.

PLÁC. Todavía hay en la tierra
quien te tiene voluntad.

MAN. Tal vez; pero mi maldad
de mi pecho la destierra.
De Plácido el corazón
tal vez por mí se interesa;
pero de mi padre pesa
sobre mí la maldición.
Me olvidaron los amigos,
me dejaron los sirvientes...
Quisiera verlos presentes,
para que fueran testigos
de la amarga contrición,
que despedaza mi alma,
pues morir no puedo en calma
si no alcanzo su perdón.

PLÁC. ¿De modo que te avergüenza
ya tu vida libertina?

MAN. Es muy aguda la espina
que se ceba en mi conciencia.
Y pues mancillé mi honor
ante la faz de los hombres,
quisiera lavar mi nombre
con lágrimas de dolor.

PLÁC. Y de papá ¿no has sabido?

MAN. Plácido, su maldición
es el más fiero aguijón,
que en mi conciencia se ha hundido.

PLÁC. Su maldición... ¡voto á Blas!
Pero, Manuel, tú deliras.

MAN. Que yo no digo mentiras;
(Muy disgustado, le entrega la carta.)
lee esa carta y lo verás.

PLÁC. (Lee la carta y dice:)
¿Y sabes si de regreso
está ya? sé que venía.

MAN. No querrá la suerte mía
regalarme con su beso.
Pero... Plácido, te pido
por el amor de mi madre,

dile si ves á mi padre
que le espero arrepentido.

PLÁC. Aunque temo la entrevista,
mi obligación es buscarle
Y mi conducta explicarle;
veré si doy con la pista.

MAN. No le des explicaciones;
yo sólo el culpable fuí,
yo sus riquezas perdí,
yo mancillé sus blasones,
yo hice á mi cuna traición,
tus consejos desprecié,
tu vigilancia burlé,
yo labré su perdición.

PLÁC. Si pregunta por Manuel,
¿qué le respondo?

MAN. Le dices;
«De todos los infelices
sin duda el mayor es él.»
Que vivo en estrecho cuarto,
que de limosna me dan,
mendigando busco el pan
sin que nunca quede harto.
Que es triste mi condición;
mas que quiero ser mendigo
si solamente consigo
que me otorgue su perdón.
Que detesto mi traición,
que me mata la agonía,
que sólo mi pecho ansía
arrojarme entre sus brazos,
que quiero apretar los lazos
que ingrato rompiera un día.

PLÁC. ¿Si se niega á complacerte,
te lo anunciaré?

MAN. No tal;
porque este golpe fatal
me causaría la muerte.
Prefiero la triste suerte
de vivir siempre dudando,
antes que vivir pensando
que su pecho me aborrece,
que su amor no se enternece
aunque me ve mendigando.

PLÁC. ¿Y tú crees que el corazón
de tu papá no se ablande?
MAN. Es mi delito tan grande!!...
que lo dudo con razón.
PLÁC. ¡Ah! te ciega la aprensión
y por eso desesperas.
Es tu duda una quimera
de tu febril calentura;
ya verás con qué ternura
viene á verte.
MAN. ¡Dios lo quiera!
PLÁC. Bueno; pues me marcho. (Se levanta.) Y dí,
¿te hace falta alguna cosa?
MAN. No sé qué alma bondadosa
tiene cuidado de mí.
Desde el día en que caí
en la miseria en que vivo,
todos los días recibo
para comer lo bastante;
¡¡quiera Dios sea constante
ese ser tan compasivo!!
PLÁC. No lo dudes; lo será.
Adiós, Manuel.
(Va á marcharse. Manuel lo detiene.)
MAN. Por favor,
consigue que mi dolor
encuentre alivio en papá.
Yo no corro á su presencia
para arrojarme á sus pies,
porque como tú ya ves
me consume la indigencia,
mi delito me avergüenza
y huyo de ver á la gente,
pues llevo escrito en mi frente
estigma de maldición,
y en la calle soy baldón
de mi padre.
PLÁC. Adiós, Manuel,
me marcho á verme con él.
MAN. Cuéntale mi situación.
(Roque entra por la derecha por donde va á salir Plácido, el cual se detiene.)

ESCENA X

DICHOS y ROQUE

ROQ. ¿Aún estás aquí? Si en otro tiempo
árbitro fuiste de la hacienda ajena,
ahora mando yo.
MAN. Roque, detente.
ROQ. Y tú el culpable fuiste de su pérdida.
MAN. No vengas á extinguir con tus insultos
de luz el solo rayo que me queda.
PLÁC. A mis plantas en día no lejano
las canas miraré de tu cabeza
suplicando el perdón.
ROQ. (Indignado) Protesto.
MAN. (Suplicante.) Calla.
ROQ. A la calle.
PLÁC. (Con calma.) Me iré, pero recuerda
que la venganza, que de mí hoy tomas,
te cubrirá bien pronto de vergüenza.
ROQ. ¿No te avergüenzas tú de ver con calma
de don Raimundo al hijo en la miseria?
MAN. Basta, abuelo.
(Con imperio.)
PLÁC. Me voy; adiós, Manolo.
MAN. Con ansiedad esperaré tu vuelta.
(Sale Plácido por la derecha.)

ESCENA XI

MANUEL y ROQUE

MAN. Ya renace la alegría
(Satisfecho.)
en mi lóbrega conciencia;
quizas Plácido le venza
y olvide la culpa mía.
ROQUE ¿A quién?
MAN. A papá.
ROQUE (Con desprecio.) ¿Y aun tienes
esperanza en ese hombre?

Yo te juro por mi nombre
que es un vil, que con tus bienes
se enriqueció á costa tuya,
y nadando en la opulencia
se olvida de tu indigencia.

MAN. Roque, ¡por Dios!

ROQUE (Contrariado.) No me arguya
el señorito; á fe mía
conozco sus intenciones;
solo es capaz de traiciones,
conozco su villanía.

MAN. Su conversación...

ROQUE Sandeces.

MAN. Tornó á mi pecho la calma,
tornó la paz á mi alma,
dió luz á mis lobregueces.
No quiera tu pesimismo
nublar de nuevo mi cielo.

ROQUE Busca en Plácido consuelo,
y ya verás.
(Con ironía.)

MAN. (Aparte.) ¡Qué cinismo!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA XII

ROQUE y ROBERTO por la derecha

ROB. Adiós, Roque, ¿dónde está
Manuel?

ROQUE (Sorprendido.) Calla... ¿tú, Roberto?

ROB. El mismo.

ROQUE (Indignado.) ¿Cómo te atreves...?

ROB. Téngase, anciano. Mi intento
es abrazar á Manolo.

ROQUE Como Judas, traicionero,
abrazó á Cristo.

ROB. Sus años,
á no infundirme respeto,
le juro...

ROQUE Aquí no se jura,
amigo, que infiel y artero
en el pecho de Manuel

inoculaste el veneno,
que le condujo á la muerte
de su alma y de su cuerpo.

ROB. Ya soy otro.

ROQUE (Con ironía.) Más taimado
supongo que te habrás vuelto.

ROB. Del mal hecho la conciencia,
si no ya á poner remedio,
me impele á pedir perdón,
que me consta no merezco.

ROQUE ¡Místico se ha vuelto el niño!...

ROB. Me asaltó el remordimiento.

ROQUE ¡Vaya un San Pablo!...

ROB. (Contrariado.) Chacota
no haga usted de mí, buen viejo.

ROQUE Déjate de tonterías
y vete con viento fresco
á pervertir á quien puedas
como hiciste con...

ROB. Le ruego.

ROQUE Mucha oración haces.

MAN. (Desde dentro.) Roque,
¿con quién hablas?

ROQUE (A Manuel.) Con Roberto.

ROB. Sal, Manuel, te lo suplico,
que hablar contigo deseo.
(Sale Roque por la derecha.)

ESCENA XIII

MANUEL y ROBERTO

Manuel por la izquierda. Excitado al ver á Roberto

MAN. Fuiste el culpable de la afrenta mía;
tú fuiste, tú; con pérfidas palabras
me brindaste delicias en el mundo,
me ofreciste placer en sus jaranas,
distracción en sus locas diversiones,
me hiciste derrochar nobleza y plata.
Yo escuché tus razones fementidas
con que engañarme ¡pérfido! tratabas,

y desde entonces se nubló mi cielo,
y sobre mí llovieron las desgracias.
Tú me echaste del crimen en las sendas,
y después de haber sido tú la causa
de aquesta perdición en que hoy me miras,
¡ingrato! me volviste las espaldas.
(Procura calmarlo.)

ROB. Yo por Jesús Pascual sé todo esto;
pues hoy me lo encontré en la Castellana.
Supe el golpe fatal de aquella noche,
me lo contaste tú, pero ignoraba
que hubieras ya llegado á tal extremo,
que tu existencia fuera tan precaria.
Te escondiste á la faz de los amigos
sin quererles decir tu nueva casa...

MAN. Roberto, la limosna no se ofrece.

ROB. No te comprendo.
(Asombrado al oir «limosna».)

MAN. Pues la cosa es clara.
En este cuarto de limosna vivo,
de limosna me dan el pan y el agua,
y hoy acaban de darme de limosna
ese traje que ves sobre la cama.
Cuando volví del baile aquella noche
en que puesta al huir quedó la escala,
víctima me encontré de inicuo robo
y data desde entonces mi desgracia.
(Excitándose.)
Tú la virtud robaste de mi pecho,
tú entibiaste cruel mi fe cristiana,
por oir tus consejos me robaron,
tú me hiciste infeliz en cuerpo y alma.

ROB. Por el contrario, tú feliz me hiciste;
al contemplar en tí como le paga
el mundo á quien le sirve, de escarmiento
me sirvió la lección, cambié de pauta,
y el juicio ya regula mis acciones,
la caridad de Dios arde en mi alma,
y vengo á suplicarte me perdones.

MAN. Te concedo el perdón, pero me extraña
que habiendo tú vivido tanto tiempo
gozando del placer, de zambra en zambra,
no castigó el Señor tus liviandades,
y á mí me castigó cuando empezaba.

ROB. No te extrañe, Manuel; sabes que siempre
tibias han sido mis ideas cristianas,
mi corazón al mal siempre inclinado,
y del Señor la Providencia es sabia.
Supo el Señor muy bien que no tenía
virtud bastante para ver con calma
arrastrarse mi vida entre miserias,
y la hubiera acabado con un arma.
Tú, al contrario, que siempre fuiste bueno,
y es en tu pecho la virtud innata,
el castigo sumiso aceptarías,
para contrito reparar tus faltas.
Por eso Dios te castigó primero,
porque yo en tu cabeza escarmentara,
y con tu mal llevado con paciencia
dos corazones á la par ganara.

MAN. Bien me parece la razón que alegas.

ROB. No lo dudes, Manuel; con tu desgracia
tú te libras de crímenes mayores,
y á mí me tornas á la vida honrada.
Confieso que labré tu desventura,
que no merezco ya tu confianza;
pero perdóname, te lo suplico,
si quieres, de rodillas y con lágrimas.
(Va á arrodillarse y Manuel lo detiene.)

MAN. Y dime... ¿mucho durará la pena?

ROB. En el cielo confío no sea larga.
(Se oye ruido.)

MAN. Mas si no me equivoco, gente viene;
en la escalera siento las pisadas.

ESCENA XIV

DICHOS, ROQUE, GABRIEL y LACAYO; poco despues, CIEGOS.
Todos por la derecha

GAB. (Desde fuera.)
¿Se pué pasar, señorito?

MAN. Sí, se puede.

ROQUE (A Manuel.) De la calle
vengo de ver si venían
esotros dos perillanes,
y me encontré con Gabriel

y con Andrés; al instante
me preguntaron por tí,
y vienen á verte.

GAB. (Aparte, pero alto.) Salen
las grálimas á mis ojos.

AND. Mismamente se miace
piazos el corazón.

MAN. Dios la compasión os pague.

(Se oye una guitarra en la calle y los ciegos cantan.)

Música

Dios premie la mano buena,
que socorre al indigente;
la limosna acá en la tierra
es en el cielo simiente.

ROB. Manuel, ¿no escuchas? Ya ves
que hay á todo quien nos gane.

(Vuelven á cantar los Ciegos.)

CIEGOS Dicen que el cielo es azul
y que en el suelo hay colores,
y los pobres cieguecitos
no ven nunca esos primores.

MAN. (A Roberto.)
Conque me ganan, ¿verdad?

ROB. Sí, cierto. ¿Qué duda cabe?
Ellos son menesterosos,
que mendigan por la calle
y además son ciegos.

MAN. Calla,
que lo que dices no sabes;
les falta luz en sus ojos,
es cierto, pero son ángeles.
Su conciencia está tranquila
y su mente sin celajes;
y yo soy menesteroso
y mi conciencia es culpable,
y mi rostro se avergüenza
de tratar con los mortales,
y la duda me persigue
como fantasma impalpable,
do quier encuentro tropiezos
y es funesto el desenlace.

ROQ. (Se asoma.)
Ya suben, Manuel, ya suben.
ROB. ¿Quienes?
MAN. (Con calma.) Los ciegos.
ROB. (Asombrado.) ¡Qué diantre!
Aquí todos son misterios.
MAN. No hay misterios en mis males.
Un crimen debo expíar
y hay mil medios de expiarle;
yo escogí la caridad,
pues es un fuego, que arde
en el corazón y quema
la escoria de las maldades.
ROB. Explícate; no te entiendo.
MAN. Pues esos dos miserables
no tienen de noche abrigo.
y aunque con sus cantos saquen
el mendrugo necesario
para no morir de hambre,
los mataría del tiempo
la inclemencia.
ROB. Y tú, ¿qué haces?
MAN. Les doy asilo en mi cuarto.
GAB. (Aparte.)
¡Qué corazón!
MAN. Ellos salen
á mendigar por el día;
con lo que á la noche traen
y lo que me manda á mí
no sé quién... ¡Dios se lo pague!
para los cuatro tenemos
el alimento bastante.
Y si supieras, Roberto,
lo duro que es el contraste...
¡Comer sobras el que tuvo
hartura por todas partes!

ESCENA XV

DICHOS y CIEGOS por la derecha

MAN. (Los abraza.)
¡Pobrecitos! ¿traeréis frío?
CIEGO 1.º Nos dan calor sus abrazos.

ROQ. Mas... decidme, bribonazos,
¿cómo tan tarde?

CIEGO 2.º ¡Ay, Dios mío!
¡Que está aquí el viejo gruñón!

CIEGO 1.º Tomad, señor.
(Entrega un talego y unos cuartos.)

ROB. (Aparte.) Me enternece.

GAB. (Aparte.)
¡Qué escena!

MAN. (Acariciando á los Ciegos.)
Hoy me parece
tenemos mayor ración.

CIEGO 2.º Señorito, hemos oído
á persona extraña hablar.
¿No estais solo?

CIEGO 1.º (A Manuel.) ¡Qué cantar
tan bueno hemos aprendido!
De seguro que con él
más recogemos mañana,
pues no habrá alma cristiana,
que no se mueva.

AND. (Indicando que se va.) Gabriel...

MAN. Si queréis podéis cantarlo.

CIEGO 1.º ¿Hay con usted mucha gente?

MAN. Son de confianza.

AND. (A Gabriel.) Vente.

MAN. No tengais prisa; escuchadlo;
pues no sabeis mi contento
en teneros á mi lado,
pues si recuerdo el pasado
es menor mi sentimiento.
(Los Cieguecitos se juntan y cantan.)

Música

CIEGOS Alma piadosa, que ves la luz del cielo,
no pases sin mirar nuestra indigencia,
mírala por piedad, y con clemencia
danos algún consuelo,
Sin luz en nuestros, ojos discurrimos
siempre en obscuridad, siempre en negrura,
sin poder disfrutar de la hermosura
que en derredor sentimos.

Para nosotros
negro es el cielo,
negras las flores,
negra la luz.
Y del invierno
el crudo hielo
da más dolores
á nuestra cruz.
Del indigente
escucha el ruego;
no implora en vano
de tu bondad;
ten compasiva
piedad del ciego;
mueva tu mano
la caridad.

Hablado

ROB. ¡Muy bien!
ROQ. (Enfadado.) Menos cantares.
CIEGO 1.º ¡Qué gruñón!
CIEGO 2.º ¿No te gusta la música?
ROQ. No.
GAB. Güeno
es este pa la tecla...
MAN. ¿Y el estreno
será mañana?
CIEGOS. Sí.
(Aparece por la derecha don Raimundo y, al notario, Manuel cae de rodillas y exclama con gran efusión:)
MAN. ¡¡Padre, perdón!!
(La escena siguiente es la de compromiso para Manuel. Debe penetrarse de la letra y hacer resaltar los afectos que encierra.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON RAIMUNDO

D. RAI. Con ese nombre me ofendes
y aquilatas mi baldón,
y dentro del corazón
la llama del odio enciendes.

¿Padre llamarme pretendes
tú que olvidaste mi amor,
pisoteaste mi honor,
vendiste la herencia mía,
me robaste la alegría
y me legaste el dolor?

MAN. Pródigo á tus pies me tienes;
fuí tu verdugo, lo se,
tus consejos desprecié,
he derrochado tus bienes;
te he pagado con desdenes
sin par tu amor infinito;
pero mírame contrito;
¿me perdonas?

D. RAI. (Con aspereza.) No.

MAN. ¡Dios santo!
Ten compasión de mi llanto.

D. RAI. Es muy grande tu delito.

MAN. Hierve en ira el corazón
contra el nubarrón plomizo,
que vomitando granizo
eclipsó nuestra ilusión;
luego después, compasión
le pedimos por piedad,
contempla nuestra humildad
y agua nos da en la sequía;
¡y tú con más hidalguía!...
¿tendrás menos caridad?

D. RAI. Es inútil tu porfía;
que es mi dolor tan profundo,
que mientras viva en el mundo
gozarás mi antipatía.

MAN. Inclementes. cercenamos
de la pradera las flores,
y con sus gayos colores
tejemos vistosos ramos,
que en el pecho colocamos
en fuer de la vanidad;
y ellas, por tanta maldad
nos dan en torno su esencia,
¡teniendo tú más conciencia!...
¿tendrás menos caridad?

D. RAI. Tan honda ha sido la herida,
que tú has abierto en mi pecho,

que durará mi despecho
cuanto durare mi vida.

MAN. Nace libre en la enramada
el ruiseñor armonioso;
para él es el bosque umbroso,
la pradera y la cañada;
después mano malhadada
le roba la libertad,
y en cambio de esta crueldad
él nos regala su canto;
¡debiendo tú ser más santo!...
¿tendrás menos caridad?

D. RAI. De la deshonra en mi frente
el lodo tiraste un día,
y aunque me halle en la agonía
seré para tí inclemente.

MAN. El lebrel que de su dueño
guarda el hogar vigilante,
sin entregarse un instante
á los amores del sueño;
cuando con adusto ceño
lo castigan sin piedad,
se acerca con humildad
á acariciar al tirano;
¡y siendo tú más humano!...
¿tendrás menos caridad?
El hombre por la riqueza
rasga de la tierra el seno
y ve de júbilo lleno,
que con sin igual largueza,
ella bajo su corteza,
para saciar su ansiedad,
le ofrece gran variedad
de mármoles, plata y oro;
¡teniendo tú más decoro!...
¿tendrás menos caridad?
Si las nubes y las flores,
el ave, el lebrel, la tierra,
cuando se les hace guerra
retribuyen con favores,
tú, hechura del Dios de amores,
cuyo timbre es la bondad,
¿tendrás menos caridad
con un hijo delincuente

que de su mal se arrepiente
y mendiga tu piedad?

D. RAI No vine á darte el perdón,
sino á que en mí te saciaras
y á que el crimen consumaras
de tu ingrato corazón.
Pues me has hecho ya mendigo
y has mancillado mi honor,
para saciar tu rencor
acaba también conmigo.

MAN. ¡¡¡Padre!!!... (Herido con tales palabras,)

D. RAI. Te niego mi amor.

MAN. ¡¡¡Papá!!!

D. RAI. Mi pecho te arroja.
Tu presencia me sonroja.
Adiós.

MAN. ¡¡¡Perdón!!! (Con gran expresión.)

PLÁC. (Detiene á don Raimundo.) Por favor.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PLÁCIDO; después criados y amigos

MAN. ¡Plácido, ten compasión!

D. RAI. Será inútil la demanda. (Con dureza.)

PLÁC. Interceder no pretendo,
pero escúcheme con calma.

D. RAI. Atento estoy.

PLÁC. De Manolo
por la inocencia velaba;
le aconsejé con razones,
le reñí con amenazas;
todo inútil, mis consejos
ingrato los despreciaba.
Ví entibiarse sus creencias,
lo ví faltar á las aulas;
llegó á quitarme dinero,
que sé lo perdió en la banca,
En fin, llegó su locura
hasta fugarse de casa.
Aunque quise atarlo corto,
llegué á perder la esperanza

de volverlo al buen camino
para evitar su desgracia.
La noche, que se fugó,
concebí toda la trama.
Cuando volvió al día siguiente
le dije, que por la escala
los ladrones, del sereno
burlando la vigilancia,
robaron todo el dinero,
los documentos y alhajas.
De acuerdo con el casero,
este lo echó de la casa,
pretextando inconvenientes,
sobre todo el de la paga.
Los sirvientes le abandonan,
al contemplar su desgracia,
yo le abandono también,
afectando mucha lástima.
¿Entiende usted el misterio? (A don Raimundo.)

D. RAI. No comprendo ni palabra.

PLÁC. Pues mire; el ladrón fuí yo;
llevé al Banco las alhajas;
yo cobré los intereses,
que están en cuentas de caja.
Sin que Manuel lo supiera,
diariamente le mandaba
para comer lo bastante,
y este cuarto le pagaba.
Yo los muebles recobré,
y volví á montar la casa.
Testigos del desenlace
he buscado esta mañana
la servidumbre y amigos,
que corrieron la algarada.
(Indica á don Raimundo que están esperando á la puerta. Don Raimundo accede á que entren y Plácido los avisa. Entran varios por la derecha.)
Para proceder así
dos cosas me aconsejaban;
salvar ese capital,
de Manuel salvar el alma.

D. RAI. Y Plácido, ¿lo lograste?

PLÁC. Lo primero es cosa clara,
pues si Manuel el dinero

hubiera tenido en casa,
á estas horas, de verdad
en la miseria se hallaban.

MAN. Y lo segundo también;
pues lo que ahora es una farsa,
pudo muy bien suceder.
quedando puesta la escala.
Yo reconozco mis yerros,
me arrepiento de mis faltas.

D. RAI. Pero .. ¿cómo lavarás
tu nobleza mancillada?

MAN. La lavaré con mis obras,
con mi conducta cristiana,
en todo siendo modelo
de virtud y de constancia.
(A Plácido.)
Gracias, Plácido, pues vuelves
á mi conciencia la calma.
Y tú, papá, ¿me perdonas? (De rodillas.)

D. RAI. Si son ciertas tus palabras,
te doy el perdón que ansías.

MAN. ¡¡Papá!! (Le abraza con gran efusión.)

D. RAI. ¡Manuel! (Idem.)

PLÁC. (Con satisfacción.) Muchas gracias.
Y ahora, ¿me perdona á mí
si obré mal con estas trazas?

D. RAI. La Providencia te puso
como el ángel de su guarda
y lo has cumplido; pues hoy
lo salvas en cuerpo y alma.
Bendiga el cielo tu acción,
por ella te doy las gracias;
no olvidaré tus servicios,
gozarás mi confianza,
más que un criado serás
el tutelar de mi casa.
Un abrazo me permite
pues hoy á Manuel me salvas. (Lo abraza.)
(A Manuel.)
Y pues conoces tus yerros,
te advertiré que la trama
Plácido la concibió;
me lo dijo en una carta
consultándome primero.

Le dí facultades amplias,
accediendo á sus proyectos
y ahora me alegro en el alma;
pues su plan me ha dado un hijo
que había perdido.

PLÁC. Mil gracias.

ROB. (A don Raimundo.)
Y á nosotros, ¿nos perdona?
Pues fuimos los camaradas,
que arrastramos á Manuel
y labramos su desgracia.

D. RAI. No olvidéis la lección, que en este día
aprendéis en Manuel; sed previsores;
el vicio siempre paga con dolores,
y solo en la virtud hay alegría.

Música

CORO Huyó la tormenta,
alegres cantemos,
que en Plácido vemos
un ángel de paz,
que salva la herencia
de un padre clemente,
y á un hijo imprudente
le libra del mal.

MAN. Dios, que es bueno te bendiga,
pues salvaste mi virtud
y en mi negra ingratitud
me tendiste mano amiga.

TODOS Demos gracias al Señor,
que le dió tal pensamiento
y hoy nos devuelve el contento
y pone fin al dolor.

FIN DEL DRAMA

INDUMENTARIA

El traje de cada uno de los personajes se deduce del papel, que juega en el curso de la representación.

Los condiscípulos de Manuel en el primer acto, vestirán el uniforme del Colegio de Escuelas Pías de San Antón, según se desprende de la letra. Cambiando ésta, usarán el del Colegio en que se suponga han estudiado.

En el segundo acto deben vestir lujoso traje de máscara, como aspirantes á premio en baile de trajes.

En el tercero, de paisanos de buena posición.

El traje de estudiantina será el de nuestros estudiantes antiguos, llamado de «Tuna».

Precio: DOS pesetas